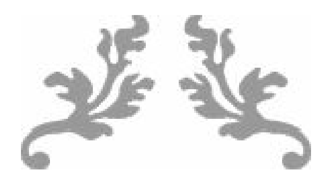
Novela Histórica y romantica con la reina y el soldado



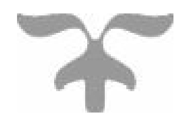
Prometida por Conveniencia

Ana Carolina Z.



PROMETIDA POR CONVENIENCIA

Novela Histórica, Romántica y Erótica con la Reina y el Soldado



Por Ana Carolina Zegarra

Publicado en España por Ana Zegarra P.

Primera Edición.



Acerca del autor



Ana Carolina Zegarra es una escritora políticamente incorrecta y ocasionalmente poetiza. Cursó estudios en la Universidad San Agustín. Ha publicado Make & Gum (Marcapasos, 2009), 21 Casas de Verano (2011) y poemas en revistas locales. Ganadora del premio nacional 'Abraham Valdelomar' y finalista en otros premios literarios. A su escasa edad es una prolífica, laureada, y talentosísima escritora de novelas eróticas y pseudo-románticas, que se abre paso como una de las promesas literarias de su país. También es profesora de inglés, madre de dos hijos (de cuatro patas), ama de casa y ufóloga aficionada. Dedica su tiempo libre a escuchar música (punk, rock alternativo, Celia Cruz, Iván Cruz, Artik Monkies, Tony Rosado), mirar películas, tantísimas que cree conversar con el difunto Andrecito Caicedo y comentarle las ultimitas.

No escribe para ser famosa, ni para hacerse millonaria, pues se hubiese dedicado a alguna otra actividad más lucrativa y aunque algunos libros suyos hayan sido tachados de vacuos y banales por sus colegas escribidores y pechofríos, las críticas no le quitan el sueño, pues no se considera una persona profunda (literalmente). Escribe porque siente deseos de hacerlo, porque cree que es lo mejor que sabe hacer, porque es su forma de expresarse, de contener la avalancha de imágenes e ideas que la acosan por las noches y no le permiten disfrutar de la paz de una salchipapa o un pollo a la brasa junto a su novio, porque la hace sentirse plena y satisfecha, porque escribir se adapta a la forma de vida que desea, pero sobretodo, para ganarse la vida.

Desde su debut con 'Prometida Por Conveniencia', sus libros han logrado posicionarse entre los más vendidos. Desde pequeña sintió inquietud por las ciencias; sin embargo, un día se sentó a escribir, le gustó y ya no quiso dejar de hacerlo. No se siente atraída a escribir poesía, aunque ha publicado una plaqueta de poemas pornográficos, pues se siente igual de hábil y capaz que sus coleguitas poetas arequipenses, a quienes acusa de preocuparse más de hacerse un nombre, antes que por escribir.

Es hija única y actualmente reside en Arequipa intentando compaginar todos los aspectos de su vida como escritora, profesora de inglés, y novia. Está comprometida con un talentoso, hermoso novio, follador, comprensivo, y aunque no comparten los mismos gustos y aficiones la ha apoyado siempre con cada uno de sus proyectos y a superar sus vicios y adicciones. Se describe a sí misma como una melodramática pluridiversa, llena de todo, romántica empedernida y en peligro de extinción.

Zegarra ubica la tensión de su obra en la pérdida de la juventud, en como esta se desplaza dejando a los adultos que seremos. Es un viaje, y no necesariamente uno bueno. Dentro de la cabeza de Carolina el conocimiento académico y las lecturas clásicas se entremezclan con bandas indie, combis y platillos voladores, chichasara, cine de autor, divagaciones, literatura y referencias a la cultura pop, que lindan casi con el autismo, y del que se nutre para escribir sus obras. Comprometida con su novio y con su profesión, ya no toma ni fuma, se siente un poco vieja después de su alocada supervida, y se compromete a tomarse más en serio el oficio de escribir.

Puedes contactarla en:

https://www.facebook.com/posera.tercermundista

Dedicado a;

Belén, por ser mi magia durante muchos años.

Gustavo*, por reforzar mi pasión por la escritura y la fantasía.*

1

¿De veras existe el libre albedrío?

Sí, cada quien tiene en cada momento la capacidad de tomar sus propias decisiones. ¿O es solo un espejismo? Puede que esas decisiones ya hayan sido tomadas, más bien, preparadas, desde tiempos incontables. ¿Por quién? ¿Por otras personas? ¿O por un destino que nos rige?

Mi nombre, mi apellido, mi posición. Nada de eso lo escogí yo y, sin embargo, marcan literalmente todo el recorrido que lleve en mi vida. Mis años pasados han sido producto de ello, y no hay duda de que los siguientes también. Es difícil dilucidar la raya entre lo que yo he ideado para mi vida y lo que me ha tocado.

Como sea. El hecho absoluto e innegable es otro—estoy consciente de que, pese a haber sido educada para gobernar, mi reino se desmoronará si no hago algo. Y ese algo ya está marcado, lo quiera o no.

* * * *

Umbralia. Un pequeño reino cuyo nombre es recogido de la sombra y protección que ofrecen las cordilleras montañosas que lo rodean.

Una de las tierras, si no la más, rica del continente, rebosante en toda cantidad de recursos—campos sin final alguno, en donde crecen todos los tipos imaginables de cosecha; una fauna rica, desde animales de ganado hasta leones de montaña acechando a cazadores perdidos; y una mezcla de sangre noble que da luz a un pueblo fuerte e indomable.

Umbralia es la envidia del resto de Europa, después de todo.

El reino puede subsistir por sí mismo, sin necesidad alguna ni de la importación ni de la exportación—si bien esto último es más que posible, no requerimos del capital de otros reinos.

Teniendo alimentos, soldados, y minas repletas de los minerales más preciosos, ¿qué podrían ofrecernos?

Y protección, además. Las cordilleras que nos cercan están dispuestas de tal manera que estamos casi aislados del resto del mundo.

El grueso del reino, la capital, fue edificada contra las montañas más altas del continente, a su otro lado encontrándose el mar Mediterráneo. Desde allí, se prolongan por todo Umbralia, disminuyendo progresivamente de tamaño, hasta permitir un amplio claro que representa la única entrada natural.

Por décadas y siglos Umbralia se ha mantenido en pie, poderosa, sin involucrarse mucho en los asuntos ajenos. Su nombre es respetable, sus riquezas deseables, y su ímpetu encomiable.

Y hoy por hoy, está siendo gobernada por una apenas adulta de veintiún años.

* * * *

Mi nombre es Valeria, acabo de abandonar mi adolescencia, y soy la reina de Umbralia.

Eso no estaba en los planes, ni mucho menos. La historia de Umbralia es larga y, desde su primer día, ha habido una interminable sucesión de reyes. Claro que reinas también, pero todas como esposa del heredero al trono.

La realeza acostumbra a dejar un séquito de hijos, sobrando los hombres, con el mayor preparado para tomar el poder cuando llegue el momento. Y si algo acontece, el siguiente hermano. Y el siguiente.

La fertilidad de los habitantes de nuestro reino nunca ha estado en duda, y no solo entre los monarcas, sino en el mismo pueblo. Las familias tienden a ser numerosas, lo que nos ha ayudado a nunca necesitar de pueblos exógenos—nosotros mismos podemos mantenernos.

Pero la fertilidad quiso jugar una mala pasada con mis padres. El rey David y la reina Patricia empezaron con Valeria, su primera hija, ¿y qué preocupaciones podría haber? Ahora es que les quedaba tiempo para seguirlo intentando y para llenar Umbralia de futuros príncipes.

Nada más lejos de la realidad, pues conforme pasó el tiempo, los intentos sí se sucedieron, sin lograr llenar ninguno a puerto seguro. Mamá vivía devastada—no por la ausencia de un varón, o por solo tenerme a mí, sino por el pesar de perder uno tras otro a sus futuros hijos.

Y, mientras los tres hermanos de papá fueron falleciendo, uno por la consunción, otro escalando las montañas, y otro asesinado por su esposa en uno de los escándalos más grandes que yo pueda recordar, los intentos no llegaron a nada.

Nada, salvo distanciar a mamá de la realidad, y preocupar a papá ante su estado precario. No dejaban de llover las frutas y vinos y carnes en el palacio, ya que cada misiva fallida representaba una fuerte pérdida de sangre para mamá.

Por encima de las cuatro décadas, el rey y la reina sabían muy bien que quedaba poco tiempo para producir un heredero. Y eso fue lo que los llevó a salir de Umbralia, en búsqueda de algo que no se podía conseguir en el círculo formado por las montañas—curanderos.

La magia no era algo practicado por nuestra gente, bien por ignorancia del don, o por una ausencia de esas energías en nuestro territorio. Si es que eso existía, válgame.

Y el infortunio. La guerra está arreciando por toda Europa, mientras al mismo tiempo se suceden cruzadas religiosas y los bárbaros se mueven de territorio en territorio, invadiendo y abandonándolos por igual. Salir de nuestra comodidad era un peligro, el cual los monarcas estuvieron dispuestos a tomar.

Y tras algunas semanas en el campo, dirigiéndose hacia el este en búsqueda del chamán o hechicero o sabrá qué que pudiera ayudarlos, fueron emboscados por un conquistador.

No tenía intenciones algunas de dialogar, o de negociar—los arcos dejaron volar las flechas, las lanzas se hincaron, las espadas abatieron. La guardia real fue triturada, y papá y mamá dieron sus últimos alientos.

Así nos reportaron los exploradores que lograron escapar. Llegaron demacrados, sin intención alguna de cuidarse o de alimentarse, simplemente a toda máquina en un camino sin final.

Apenas reaccionaban, entre sus condiciones y el shock de lo vivido, pero alcanzaron a reportar a lo que venían – yo era huérfana. Por lo que, sin discusión alguna, el reino caería bajo mis manos.

Valeria tomaba la corona y se convertía en reina.

* * * *

Más que tomar la corona, la recibía. Mamá había viajado con la suya, así que los armeros tuvieron la tarea de forjar una nueva. Yo no lo deseaba, ¿quién podía hacerlo? Lo único que pensaba era en que mi familia acaba de evaporarse del mundo.

Pero un reino sin rey está abocado a la ruina, repitió una y otra vez la corte, presidida por los cabezas de cada entidad: el ministro de batalla, el ministro de moneda, el ministro de leyes, el ministro médico y el ministro de información.

En el instante en que se supo de lo sucedido, y sin aun haberme coronado, la corte tomaba posesión de Umbralia. Suerte, o más bien, astucia de papá de haberla llenado de hombres honorables quienes no trataron de usurpar el poder.

Instaron y presionaron en pos de mi coronación, y apenas tres días después fue posada sobre mi cabeza una corona del oro más puro. Y era la reina Valeria.

Desde entonces, mis días se dividían en dos partes: aquella regida por el sol, mi vida de reina, supervisando el mandato; y la regida por la noche, la de la niña con el corazón hecho añicos por la partida de sus padres.

¿Y cómo no? Toda mi existencia había sido llevada a su lado. En esta época de relativa paz en Umbralia desde el más ínfimo plebeyo hasta el mismísimo rey llevaban vidas longevas y completas.

No estaba preparada para la muerte de ninguno de ellos, pues no la esperaba. Ni siquiera la había llegado a contemplar ni imaginar. Los veintiún años de esta chica de largo cabello negro, piel dorada, ojos claros y dulces facciones—según dicen—parecía mucho menor al pensar en la ingenuidad con la que había tomado el tema.

Así que lágrimas y más lágrimas era con lo que decoraba mi almohada. Era la única manera de intentar llenar el vacío que aterrorizaba mi alma y todo en mí. En el instante en que supe la noticia, sentí algo quebrarse, y es como si esos pedazos hubieran sido borrados, pues ya no lo sentía.

Si fuera por mí, hubiera permanecido inerte, desmayada en la cama hasta el fin de mis días. Pero no podía. Mamá me había enseñado a sentirlo todo—lo bueno, lo malo. A desgastarme para volver a completarme. Por eso

desahogaba todo en mi cuarto, y por la otra principal razón. Era una reina.

Soy una reina. Y aquella parte del día dedicada a ello requería de una larga lista de quehaceres. Supervisar la corte, aprobando o rechazando cualquier ley, mandato o decisión que quisiera ser tomada. Atender las súplicas del pueblo, pues una hora de cada mañana era dedicada a escuchar a quienes visitaran el castillo.

Y a adentrarme en el reino, recorriendo el castillo, cada pueblo y hasta las más pequeñas granjas, pues una reina debía ser vista para inspirar a su gente y conocer su territorio mejor que su propia alma.

Se decía que debía ser capaz de recorrer el camino desde la salida de su castillo hasta los límites de Umbralia con los ojos cerrados.

Todo bien aprendido pues fue bien enseñado. Para ello fui preparada por mis padres. Nadie tenía en la cabeza que llegara a ser reina, pero por largo rato iba a ser princesa. Y hermana del rey que nunca llegó. Por lo que, cuando digo que toda mi existencia fue llevada al lado de mis padres, estoy siendo casi literal.

Una vez a la semana acompañaba a papá en sus reuniones con la corte. No abría la boca, nadie dirigía una sola mirada hacia mí, pero aprendí quién era quién, qué hacía cada quien y, sobre todo, cuál era el lugar y la voz de papá allá.

No era un rey sin personalidad—no aceptaba todo lo que propusieran, así como así, sino que buscaba asesorarse por todos en cada cuestión y a partir de allí emitir su propio juicio. Nada se le pasaba.

También estaba a su vera al momento de escuchar las peticiones del pueblo, sentada en un taburete al pie de las escaleras que llevaban al trono. Papá decía que uno podía aprender mucho más desde abajo que sentado allá arriba.

Y eso hice—fijarme en cada movimiento y palabra de quienes atendían el castillo y, desde la distancia, evaluar a papá. Generalmente todo lo escuchado era luego discutido en la corte antes de llegar a una discusión.

Y con mamá tuve más que suficiente oportunidad de recorrer Umbralia. El rey también hacía sus travesías, pero alguna de sus aficiones eran la cacería y sparring de combate, cosas a las que no era invitada.

Así que mi camino me llevaba con la reina, quien se aseguraba de mostrar su

cara en cada lugar o evento. Fueran las barracas, las granjas, las sociedades o hasta los centinelas que vigilaban el paso de salida del reino, con la misma soltura saludaba e infundía palabras de fuerza.

Claro que ahora me toca a mí ejercer ambos cargos. Por eso mi trabajo es doble, y también porque me estoy obligando a ello—la mejor manera de aprender a ser una reina es siéndolo. Mientras más horas invierta en la labor, más sabré sobre cómo comportarme en cada situación, y prepararme para todo contra lo que tenga que lidiar.

Mi trabajo hoy por hoy es fácil. Mientras el continente entero se despedaza, Umbralia vive una paz absoluta. Solo debo preocuparme por disputas de tierras, por mantener los recursos produciéndose y abasteciendo al reino entero, por crímenes pequeños, y por los asuntos foráneos.

Estos últimos demuestran ser los más grandes quebraderos de cabeza, por el grosero contraste entre lo vivido en nuestro hogar y al pasar las puertas.

Nuestra gente no tiene necesidad alguna de abandonar Umbralia, mas eso no implica que no lo hagan. Hay miles de razones para hacerlo—escapar de su vida y probar nuevas mieles, salir en búsqueda de cultivos o animales aún desconocidos para nosotros y convertirse en pioneros, incentivar una mezcla de razas.

Pero en este presente se antoja harto complicado, pues franquear las puertas del reino implica un riesgo elevado, casi seguro, de no regresar con vida. Vamos, que no todo el mundo quiere estar completamente encerrado entre las montañas.

Y cuando estos viajes terminan en muertes, en Umbralia quedan las familias dolidas y quebradas, necesitando de otros medios para mantenerse.

O, lo más común, pidiendo protección y justicia. Protección ante un enemigo que pudiera acercarse al reino, y justicia para con los suyos.

Lo primero es verosímil, y he trabajado en pos de ello—el grueso de nuestra fuerza se reparte entre el castillo y las planicies que marcan el final de Umbralia, mientras que numerosos grupos están apostados a lo largo de todas las montañas, preparándose incluso para un hipotético ataque por encima de estas.

No es que sea imposible, pero, ¿saben lo arduo que es transportar a un ejército completo por terrenos tan altos?

Ahora, lo segundo, la justicia, eso sí que es imposible. ¿Cómo pueden pretender que salgamos al campo a unirnos a una guerra que no nos pertenece? Y para ajusticiar a cada uno de nuestros caídos tendríamos que batirnos contra todas las armadas que recorren Europa, y eso es una absoluta utopía.

Tengo meses ya en el cargo, y estoy haciéndolo de la mejor manera que sé. La única, la que me enseñaron mis padres. Claro está, mientras ellos ejercieron su mandato, la guerra era apenas un rumor creciente. No se había extendido de la manera en que lo había hecho ahora, sino hasta sus últimos años, y en ese momento papá empezó a enfrascarse más y alejarme de su labor.

Y, por supuesto, está el hecho innegable—no sé nada de guerra. Tampoco de batallas. Ni siquiera de un combate, ni he blandido una espada o dejado volar una flecha contra un enemigo.

No es menos cierto que siempre quise, y que lo intenté a escondidas, pero siempre que era descubierta se me era prohibido. Una princesa no debe levantar armas, repetían, tanto mamá como mi cuidadora, y por ello he llegado a los veintiún años sin saber nada sobre enfrentamiento bélicos.

Por algo tengo al ministro de batalla, sí, y él fue quien me instó a repartir mis tropas de la manera en que lo he hecho. Los puntos más importantes más cubiertos, como nuestra capital y las puertas edificadas en la planicie que daba entrada al reino. Y las montañas pues nunca se puede estar seguro. Pero…

— Estas son medidas de seguridad, que debemos aunar a las defensas naturales que nos proporciona nuestra localización— declaró Roy, el ministro de batalla—. Pero, claro, no debemos ignorar el hecho irrefutable, y es que, de ser atacados por cualquiera de las facciones que se está moviendo, no tenemos los hombres suficientes para vencerlos cuerpo a cuerpo.

* * * *

Y el otro asunto foráneo que aquejaba a mi reino, que no era otro que los inmigrantes.

Umbralia nunca ha cerrado sus puertas a los visitantes, ni a quienes deseen aposentarse en nuestro reino. Eran cantidades estables, gente presta para

trabajar y hacernos crecer.

La guerra ha acercado a más y más gente, generalmente despojada de sus territorios por la guerra.

Sobrevivientes de batallas que por fortuna fueron ignorados por los invasores han terminado encontrando su camino hasta nuestra entrada y, a cambio del compromiso del trabajo, hemos permitido que se instalen en los territorios más cercanos a las puertas, algunos de los más vírgenes hasta la fecha.

Pero ya los números empiezan a tornarse más y más alarmantes, y nuestros soldados de las puertas tienen más tarea descubriendo si quien se acerca tiene buenas o malas intenciones que vigilando.

Habrá un momento en que no podremos acoger más refugiados y, entonces, ¿cómo voy a poder dejarlos para morir en pleno continente? No me lo podría permitir, así como no me puedo permitir que nuestros recursos empiecen a escasear por foráneos.

Y las súplicas. En la época de papá, cada mañana solían visitar entre cinco y diez ciudadanos prestos para pedir algo. Ahora es más apropiado hablar de medio centenar. La guerra no los está afectando directamente, así que, ¿por qué lo hacen?

— Discúlpeme, su majestad, pero es por usted— respondía Braulio, el ministro de información—. No lo tome a mal, simplemente quiero decir que ellos ven una reina nueva, quien, para su entender, no está lo suficientemente preparada, y quieren aprovecharse. Piensan que usted debe ser más maleable, y que será mucho más accesible al momento de hacer una solicitud.

No lo era, pues aceptaba una cantidad de solicitudes cercana a la que manejaba papá. Pero, ¿cómo demostrarlo?

Si no era con hechos, que es lo que había venido haciendo estos meses, ¿cómo? Un pueblo es solo tan poderoso como la confianza que deposita en su rey y, si Umbralia dejaba de creer en mí, la puerta hacia el caos iba a ser abierta de par en par.

Esto era uno de los principales temas de discusión en la corte, en conjunto con la guerra. La guerra de la que nada entendía.

— Hay muchas cosas que preocupan a nuestro pueblo— informaba Braulio—. Para empezar, la guerra. Tantos rumores y voces… Así nada tenga que ver con nosotros, el escuchar de alguien que salió y nunca volvió, o el ver a tantos

refugiados, hace sentir como si la guerra estuviera frente a nuestras puertas. Y el miedo está empezando a correr entre la gente.

— No es tan infundado, después de todo— combatía Braulio—. Si bien no sabemos de ningún movimiento preparado contra Umbralia, la cantidad creciente de refugiados nos hace ver que se está acercando. Y por muy defendidos que estemos, la mayoría de conquistadores sueltos no tienen límites. Prefieren morir invadiendo que quedarse quietos.

— Sí, bueno— continuó Braulio—, el pueblo tiene miedo. Tanto por la guerra, como por la estabilidad del reino.

— ¿Qué quieres decir?— pregunté.

— La sucesión.

— Nadie lo desea, su alteza, pero, ¿qué sucedería si algo acaeciera a usted? — preguntó Roberto, el ministro de leyes— No tiene hijos, hermanos. Sí, quizás algún primo pensara que merece el cargo, al igual que otro podría pensarlo, y ninguno tendría más razón que el otro. Y no hay mejor receta para el caos que una disputa de coronas.

¿Cómo podía calmar el miedo de guerra? No tenía idea. Pero el segundo asunto tenía una solución muy clara.

— Debo casarme.

La mirada devuelta por el resto de la corte denotó la suma necesidad de mis palabras.

2

Ya estábamos todos en nuestras posiciones alrededor de la mesa ovalada de la corte. Braulio, con mapas llenos de anotaciones; Roberto, con muchos pergaminos que trataba de organizar; Baldo, el ministro de la moneda, con una estancia reflexiva; y Pietro, el ministro médico, el más pasado de años, buscando comodidad en su silla. Roy, con su armadura puesta, esperaba en una esquina de la mesa, mientras en la contraria me posicionaba yo.

No solo Roy con armadura—la corte al completo estaba con sus mejores atuendos, y la nueva corona de oro reposaba sobre mi cabeza.

No estoy segura de que tanto protocolo vaya exactamente de la mano con nuestro huésped, pero Roberto estableció que debíamos demostrar el esplendor del reino. Era necesario, después de todo.

Porque por mucho que un reino excediera en riquezas y posibilidades, ¿cómo se veía el hecho de que requiriera de una mano que le ayudara?

Bueno, eso es lo primero que debemos demostrar—el no requerir de esa mano. Después de todo, el reino lo tiene todo, hasta ejércitos y un general probado en batalla como es Roy.

El hecho de que Umbralia pudiera quebrarse por la falta de confianza en su reina, tanto como política como estratega militar, es algo que debemos ocultar.

No, no necesitamos de esa mano. Simplemente queremos ganar una posición de mayor poder.

El poder es nuestra carta de ventas. Por un lado, es la razón más plausible y lógica de pactar esta reunión, y la forma de evitar que el reino se vea débil o en urgencia de auxilio.

Por el otro, es exactamente lo que está buscando quien esté pronto a llegar, la única manera de hacerlo estabilizarse y tomar un bando definitivo. Dos pájaros de un tiro.

¿Dos? Hoy había empezado a sacar la cuenta y sin duda eran muchos más. Tres, cuatro, hasta cinco pájaros estamos matando en esta sencilla jugada.

Muchos más factores positivos que negativos. Y es que tiene que ser así,

porque si no, no habría existido la más mínima posibilidad de que yo aceptara. Pero juega todo a favor, ya acepté, y aquí estamos.

Y un toque delicado en la puerta, sin duda de uno de mis guardias, anuncia su llegada al fin. Y tras ir Roy a abrir la puerta, y saludarlo con un fuerte estrechón de manos, Erik ingresó a la corte.

* * * *

Las subsecuentes reuniones de la corte tras decidir mi matrimonio, más que parlamentos, fueron un recuento de pájaros por matar.

Pájaro número uno: asegurar el reino. No podía haber una sola persona quien separara al militar más destacado o al panadero de la esquina del trono.

Era un riesgo demasiado grande para el reino, el cual solo requería de una enfermedad, un accidente o de un ataque premeditado sobre mí para, con toda seguridad, caer en una guerra civil.

Pájaro número dos: perpetrar la sangre. Fuera quien fuera el nuevo rey, la idea no era instalarlo a él definitivamente en el poder—era preparar a un nuevo heredero, con mi sangre de Umbralia, destinado a eventualmente tomar el poder. O más herederos, siguiendo la tradición del reino.

Pájaro número tres: frenar la discordia. Era entendible que se dudara de mi capacidad, pero intolerable, pues permitirlo iba a fomentar la falta de confianza entre toda nuestra gente, algo que a la larga no iba a traer nada nuevo.

Rebeldía, guerra civil, éxodos. Las posibilidades eran vastas, todas negativas. Al acompañarme de alguien con la suficiente autoridad, la incertidumbre militar y política iba a empezar a disiparse.

El pájaro número cuatro va por los mismos vientos, y es el poder militar.

Umbralia tiene una posición privilegiada, y podría frenar a casi cualquier enemigo, pero, ¿qué sucedería si una de las huestes infinitas que está desplazándose por Europa concentrara todo su poder sobre nosotros?

¿Si arremetiera con violencia un solo puño contra las puertas? ¿O si se desperdigara a lo largo de todas las montañas y se infiltraran? Necesitamos alternativas potentes para ello.

Y de esa mano venía el pájaro número cinco—la intimidación. Sí, Umbralia está protegida, es respetada y envidiada, pero no es temida. Si se añadiera la pieza clave, el poder del reino crecería de tal manera que a nadie le pasaría por la cabeza la idea de atacarnos o de desobedecernos.

Aunque no pretenda iniciar invasiones, jamás, tener la fuerza para llevarlas a cabo es una baza que no se debe desprestigiar.

Y entre esa enumeración y cacería de pájaros, fuimos a dar con nuestra solución—Erik. El guerrero más temido en todo el continente.

* * * *

— Buenas tardes a todos—abrió Erik, con suma cortesía—. Sé que en muchas tierras soy conocido como el hijo del dragón, el mismo Roy me saludó así, pero por favor, pueden llamarme Erik. Mi padre fue un humilde guerrero del campo y hasta donde recuerde no tenía alas ni podía exhalar fuego.

Los miembros de la corte rieron cómodamente. Erik se abrió paso, saludando a todos uno por uno, hasta encontrarse frente a mí.

— Mi reina—sostuvo mi mano mientras se arrodillaba, para luego besarla con delicadeza.

Nunca había visto a este hombre en mi vida y sí, es cierto que este encuentro era por suma estrategia, pero no es que pudiera quejarme exactamente.

Sus largos rulos negros corrían hasta el borde de su mandíbula, marcada y poderosa bajo su piel. Sus ojos oscuros, su barba definida y su sonrisa se presentaban todos como una maravilla de hombre. Y, debajo, un cuerpo hecho para la guerra, apretado bajo su túnica.

— El solo poder estar ante su presencia ya es un honor, de eso no cabe duda alguna.

Hombre de guerra y de palabras, no se le podía discutir. Con calma se levantó, parándose directamente frente a mí.

— Estoy listo para escuchar lo que tenga para decirme.

* * * *

La guerra que recorre los reinos de Europa. Hay dos facciones principales, como ya comenté.

Todo inició con la cruzada religiosa. Primero usando la excusa de que se sentían atacados, decidieron levantar las armas para defenderse, y esa defensa no tardó en transformarse en ataque, empezando a tomar territorios y a propagar su palabra por todo el continente.

Y con palabra, quiero decir su dominio. El Reino de la Fe crece y crece, siempre buscando su próximo paso. Son más comedidos, mucho más inteligentes y audaces.

Y en respuesta aparecieron los bárbaros. No hay fe o doctrina que los guíe, más que la supervivencia. Son todo lo opuesto al Reino de la Fe, poco adeptos en la estrategia o en la política, pero mil veces más viciosos en las armas.

Letales, asesinan y violan donde quiera que vayan. Su poder es incontestable, lo que representa al mismo tiempo su mayor debilidad, invadiendo sin apenas discernir su objetivo, lo que les ha llevado a caer en miles de trampas.

El Reino de la Fe y las Tierras Libres, como llaman los bárbaros a sus territorios, han crecido al tiempo que se han debilitado, en una constante pugna el uno contra el otro.

Solo unos pocos grandes reinos europeos, del calibre de Umbralia o más grandes, han caído. La mayoría está sumida en un constante proceso de defensa, destrucción y reconstrucción. Nadie ha tenido la capacidad de salir al combate e invadir tal como lo hacen aquellas dos facciones.

Aunque sí hay una fuerza con mayor letalidad—los Vargos. Un pueblo nórdico, arrimado a los mares más fríos de Europa, sobre el que acaeció un ataque de bárbaros.

Guiados por su líder, lograron repelerlos, para pronto recibir un ataque de la vanguardia del Reino de la Fe. Su habilidad les permitió eliminarlos también, aunque a costa de la pérdida de gran parte de su capital, de sus ciudadanos, y de la esposa del líder.

Por lo que decidieron abandonar su reino y transformarse en una fuerza nómada, batallando al Reino de la Fe y a las Tierras Libres por igual,

durmiendo de pueblo en pueblo.

Quizás no sean tan salvajes como los bárbaros, o carezcan de la estratagema política de los religiosos. Pero combinan lo suficiente de ambas facciones como para ser temible.

Y allí entra Erik. Su líder. El único comandante de guerra conocido quien haya podido vencer en el campo a los dos grandes conquistadores de Europa.

Conocedor de todos los artificios de la guerra e inigualable en el combate a espada. No busca invadir, ni conquistar, ni liberar. Simplemente moverse, y acabar con el enemigo que se atraviese.

Su mero nombre inspira miedo a cualquier legión. Y por ello, todo es solucionado en un zarpazo—su presencia instilará seguridad en nuestras tierras, tanto entre el mismo pueblo como en las fuerzas antagonistas, evitando que alguien ose atacarnos o, si se atreven, tendrán que sufrir las consecuencias.

Y eso fue lo mismo que le propusimos.

* * * *

Erik permaneció callado durante gran parte de nuestra reunión, sencillamente escuchando. Estaba solo, contra todos nosotros—había decidido entrar sin ningún otro capitán o portavoz de su gente. La mayor parte de la conversación la dirigió Roy, mismo quien se había encargado de traer al líder nórdico hasta nosotros.

Roy era un guerrero contrastado, después de todo, con mucha más experiencia que cualquier otro miembro de nuestro ejército. Había combatido en la última guerra que se recordaba y, desde entonces, había liderado misiones a lo largo de toda Europa, siempre fiel a nuestros colores.

En eso llegó a conocer a Erik, mucho antes de convertirse en una fuerza nómada, y tras escuchar su creciente leyenda lo propuso como la persona perfecta que estábamos buscando. Después de todo, no pertenecía a ninguna facción. Era su propio líder.

Era sencillo—Erik y yo contraeríamos matrimonio, convirtiéndose en rey de Umbralia. Su poder no se compararía al mío, claro, pero sería el segundo

individuo con más control de nuestro reino.

Sus vastas tropas, de casi diez mil soldados, abandonarían el campo y serían nombrados ciudadanos de Umbralia. Y soldados, si vamos a eso, prestos para defendernos.

¿Por qué lo hacíamos? Porque necesitábamos un rey, y no podíamos pensar en ninguna otra persona más deseable para ello que él. Admirado en batalla, y un líder sin comparación para quienes lo siguen. Umbralia lo veía como la perfección para ese cargo.

La concentración de Erik, eso sí, me contaba una historia totalmente diferente. Quizás estuviera equivocada, pero me parecía que no se estaba tragando todas las palabras bonitas de Roy.

En el fondo sabía que lo necesitábamos, y que no solo lo estábamos buscando a él, sino a sus tropas incluidas. Era todo por la conveniencia, vamos. Y su atención estaba puesta era en determinar si él también nos necesitaba, y si la propuesta también le convenía a él.

¿O era todo parte de mi imaginación, y Erik sí creía todo lo que decía Erik?

Por un segundo, Erik volteó para mirarme y, sin previo aviso, dejó escapar una sonrisa. Su enfoque volvió hacia Roy y al discurso de la propuesta.

Esa sonrisa me hizo sentir rara. ¿Qué era? ¿Me ponía nerviosa el que pudiera ser mi futuro esposo? ¿O estaba revelándome que sabía que necesitábamos de su poder?

¿Cómo puedo casarme con un hombre a quien ni siquiera conozco?

* * * *

Esa fue mi principal preocupación. Y la que me ha carcomido hasta hoy, hasta la reunión, en la cual he tenido que aparcarla y concentrarme de lleno en lo que tenemos en las manos. Pero no deja de estar presente y de infundir miedos en lo más profundo de mi ser.

Sí, debiera tener otras preocupaciones, como el pensar en si Erik tiene pactos escondidos con alguna facción, o si desea aprovecharse del poder de Umbralia para sus propios designios de guerra, o si no va a asesinarme cinco segundos

después de pronuncias nuestros votos para adueñarse de todo el reino.

Pero, ¿qué les puedo decir? Tengo veintiún años, y la idea de casarme con alguien a quien no conozco me aterroriza.

Ser la heredera del reino no te hace la persona con más amigas. Siempre he sido humilde, y conversaba hasta con las sirvientas del castillo, pero era una relación que generaba incomodidad—repito, era la heredera del reino.

Y no es como que pudiera salir y jugar en pleno campo. Si apenas y tenía amigas, ¿se imaginan chicos, novios, hombres?

Nunca los tuve. A falta de contacto, y de tiempo. Tanto tiempo estuve a la vera de mis padres preparándome para mis cargos de la realeza que la infancia se me sucedió rápido.

El futuro me iba a deparar un esposo, pues como princesa debía establecer lazos reales. Y conforme se aventuraba cualquier cantidad de nombres, desde comandantes, hasta Roberto, el ministro de leyes, hasta algunos extranjeros asentados en Umbralia, mi imaginación volaba más allá.

Me veía contrayendo nupcias con los caballeros más galantes del reino, todos visitadores asiduos del castillo, y a quienes conocía.

Pasaría varios años a su lado antes de casarme, como es tradición en Umbralia, rompiendo el esquema de nupcias inmediatas. Y, cuando estuviéramos listos, nos conociéramos como anillo al dedo, y así lo decidiéramos, seríamos marido y mujer. Príncipe y princesa.

Pero no se trata de príncipe y princesa, sino de rey y reina. Y no estamos listos, ni nos conocemos ni siquiera como un soldado reconoce un árbol a su paso—acabamos de vernos por primera vez en la vida, y la propuesta ya estaba siendo hecha.

No tenía idea alguna del día de su nacimiento, de qué hacía su madre para vivir, ni de qué comidas gustaba. Y, de aceptar, estaríamos atados para toda la vida irremediablemente.

Sin presión.

* * * *

Presión que no tenía Erik. Si algo podía infundir, y no dudo que lo hiciera en sus tropas, era tranquilidad. Lo que me llevaba al desespero, pues suma pasividad me hacía ver lo largo y hablado del discurso de Roy.

Inició reconociendo los logros en batalla del líder nórdico, luego procedió a desdeñar la terrible guerra, y las riquezas y cosas únicas que ofrecía Umbralia, y ahora del por qué no habría mejor rey. Pero ya era suficiente.

— Erik— dije, interrumpiendo en seco a Roy y levantándome—. Si bien todo lo que ha dicho Roy es cierto, para lo que te hemos traído es sencillo. Soy una reina, huérfana de mis padres, y el reino está huérfano de un rey.

>>Y la única persona que quiero que ocupe ese puesto eres tú. No tendrías que abandonar a tu pueblo, serían inmediatamente convertidos en ciudadanos de Umbralia. Solo tenemos que casarnos, coronarte, y empezar nuestro reinado. Que espero sea uno histórico.

Los ojos de Erik se concentraron más en mí.

— ¿Qué me dices?

* * * *

¿Y si me dijera que no? ¿Estaría desilusionada o aliviada?

Pudiera casarme con alguien que ya conozco. Con un soldado ascendiendo rangos. Con un líder de la sociedad. Alguien seguro, alguien local, alguien quien me inspire total confianza.

Porque a Erik, a este hombre, le estaría entregando todo. Empezando, y no es lo de menos, con mi reino. El poder absoluto de hacer casi lo que se le venga en gana con él, con la única posibilidad de ser frenado por mí.

Un reino que no conoce, al que no le puede tener nada de cariño, y el cual representa en estos momentos más un medio que un hogar.

Y, lo que me preocupa como la niña que apenas estoy dejando de ser, estaría entregándome a mí misma. Mi confidencia y mi espacio personal, que siempre ha sido mío. Aun con mis padres en vida dormía sola en mi propio cuarto, y generalmente allí pasaba mis noches, escribiendo o dibujando.

Y ahora más, instalada en el enorme cuarto de la realeza. Ya eso no es

opción, pues estaría compartiendo mi cama con un desconocido.

Y a lo que lleva eso—a ofrecer mi boca, la cual nunca ha besado a un hombre; y mi cuerpo al completo, jamás tocado, y que tendría que ser suyo cada noche hasta producir un heredero. Y más y más.

Eso sí, ¿cómo se vería una respuesta negativa? La voz correría por el pueblo. Ya no es solo la reina que no es capaz de guiarnos—sino que ofreció la corona real a un extranjero, quien además la rechazó.

Podría ser el detonante definitivo para que toda confianza en mí sea perdida. Y eso es si Erik lo rechaza civilizadamente, pues el grueso de su ejército está dentro de las puertas de nuestro reino y, ¿quién sabe? ¿Y si se pusiera ambicioso y quisiera la corona sin tener que someterse a nadie?

¿Y cómo elegir a alguien más? ¿Qué soldado ha sido exaltado en la batalla de tal manera que se encuentre al nivel de Erik? ¿Qué político inspira el mismo nivel de liderazgo? ¿Quién en el continente es capaz de batirse y frenar cualquier acometida del Reino de la Fe o de los bárbaros?

Es mayor que yo. Los reportes de Braulio lo acercan a su treintena, y ya ha estado casado. Mucho más para intimidarme, pero, aquí estoy. Y tras haber esperado cualquier otra cosa, un individuo lleno de cicatrices, o sin cabello, o con crueldad en sus ojos, ante mí se halla un guerrero hermoso.

No hay discusión alguna de que sí, aunque podría conseguir a alguien similar, me terminarían doliendo los pies de tanto recorrido a emprender.

Y es tan cortés. Y es tan versado en todas las artes, tanto el combate, como la estrategia, como la política. Y aun habiendo experimentado cualquier cantidad de ataques y de trampas en el pasado, víctima de dos reinos en expansión, decidió ingresar por su cuenta y reunirse con nosotros.

¿De veras pudiera conseguir a alguien mejor que Erik? ¿Estás segura de que te produciría alivio su rechazo?

Eso no llegué nunca a saberlo, porque no tardó en levantarse de su silla. Tras sacar su espada, los miembros de la corte se movieron defensivamente, en especial Roy, pero lo único que hizo Erik fue dejarla caer en la mesa, muy cerca de mi posición.

— Mi espada es suya, reina Valeria. Y mi corazón pronto lo será también.

3

La familia de mi futuro esposo era vasta.

No familia como tal, pero así denominaba a su pueblo. Es de imaginarse. Si nosotros, viviendo juntos pero cada quien por su lado, nos consideramos cercanos, ¿qué se puede esperar de ellos?

Quienes abandonaron al unísono sus tierras y han tenido que viajar por todo el continente junto, batallando a todos los enemigos habidos simplemente por sobrevivir.

Me doy cuenta de que Erik también tiene una gran necesidad de nosotros, después de todo. Si lo hubiéramos sabido probablemente Roy lo habría usado como otra carta de venta. Pero es que, mientras veo instalarse a sus hombres, eso es exactamente lo que veo—sus hombres.

De los diez mil, menos de dos mil deben ser mujeres. Entre el primer ataque que los cogió por sorpresa, las sucesivas batallas que han entablado, y sus eternos viajes, son pocas las que han sobrevivido.

Y un pueblo sin mujeres está destinado, invariablemente, a la extinción. No habrá procreación ni perpetuación. Y, claro, ¿cuántos años puede aguantar un hombre sin estar con una mujer? Así empiezan los invasores bárbaros, dispuestos a violar a quien se les atraviese.

En Umbralia nunca se ha dispuesto una división de territorios por nombre. Se ha preferido verlo como un reino unificado, a pesar de contar con regiones particulares. Alrededor del castillo, abrigados contra los picos más altos y alejados de las puertas, yace la zona más densamente poblada.

Castillos menores, armerías, herrerías, escuelas, y la mayor parte de nuestras viviendas. Se podía decir que era la urbe de Umbralia, concentrando algunos de los centros más importantes.

En las regiones medias de Umbralia se encontraban los otros dos centros primordiales: el militar, y los recursos. Las granjas, los campos y las incontables manadas de ganado se disponían en esta zona, al mismo tiempo protegido por las barracas y los cuarteles.

Si bien el grueso del ejército se concentra alrededor del castillo y de las

puertas, todo soldado es entrenado y formado en las regiones medias. La decisión se tomó hace siglos, como manera de declarar que el corazón de Umbralia debían ser las espadas que nos protegían y el alimento que nos daba la fuerza.

En las regiones distantes, salvo algunas haciendas, se disponían campos y bosques, para preservar cualquier especie animal salvaje o permitir el crecimiento de nuevos sembradíos. La misma región que hemos empezado a destinar a los refugiados de guerra, claro está.

Y en todo el alrededor se localizaban los mineros. Las piedras preciosas se encontraban en cualquier parte de nuestras montañas, aunque mientras más cerca del castillo y del mar, con los picos más altos, mayor valor tenían.

Bronce cerca de las puertas, plata en regiones medias, y el oro no lejos de la urbe. Eso sí, jamás tocando la dominante montaña detrás del castillo, pues las leyendas dicen que un rey tan avaro como para minar la piedra que le da cobijo, terminará siendo aplastado por ésta.

El ejército al completo de Erik fue repartido entre estas tres regiones. La excusa era clara—queríamos, sin perder tiempo alguno, fomentar la mezcla entre ambos pueblos, y que pudieran tener presencia en todos los ámbitos de Umbralia, fuera político, militar, o de recolección de recursos.

Pero la razón era una muy diferente, y es que concentrar a ocho mil soldados juntos era un riesgo que no estábamos dispuestos a tomar. Estamos confianza en la buena fe de Erik, pero si viniera con otras intenciones, poco les costaría conquistarnos desde adentro.

Y, tomando en cuenta que en la población de Umbralia predominan las mujeres, aunque por una diferencia mucho menos grosera, se da la oportunidad de poco a poco lograr un equilibrio de sexos.

Y todo listo para ser confirmada con nuestro matrimonio.

* * * *

La celebración fue enorme. Después de todo, Umbralia tenía alrededor de veinticinco años sin festejar una boda real. Por primera vez en más de tres siglos el nuevo miembro de la corona sería un extranjero al reino. Y por

primera vez en la historia, una reina estaría escogiendo a su rey y no a la inversa.

La ceremonia fue dirigida por el ministro de leyes, pues en Umbralia no se seguía ninguna religión o ente divino. En la plazoleta principal frente al castillo, al aire libre, reuniendo frente a nosotros a todo quien quisiera estar presente.

Igual estaban los demás ministros de la corte que los mineros de las montañas más lejanas; los granjeros y los guerreros más curtidos en batalla. Los únicos ausentes, en su mayoría, eran los soldados de Erika, a quien habíamos dejado custodiando el reino. No era buena idea concentrarlo a todo en un punto y abandonar el resto.

Roberto y sus pergaminos dictaminaron todo lo que debía ser dictaminado, ejerciendo los votos y recalcando el significado de nuestra unión para toda la vida. Y, tras la respuesta afirmativa de Erik…

— Y tú, Valeria Portillo, reina y protectora del reino, ¿aceptas a Erik Källstrom como tu futuro esposo, en la paz y en la guerra, para que comparta a tu lado el pase de la corona, y prometan serse fieles a sí mismos y al reino para toda la vida?

¿Quién iba a decir? Hasta tenía ganas de decir que sí.

— Acepto.

— Los proclamo esposa, y esposo— declaró Roberto—. Demuéstrenle al reino su unión.

Y nos besamos.

El primer beso de mi vida. Nuestros labios se contactaron, delicadamente, una vez. Por muy duro que fuera en el campo de batalla, la boca de Erik se sentía suave, hogareña. Y tras un segundo beso, nuestros labios se separaron para profundizar un poco más el beso. Lo prolongamos unos segundos y, al empezar a separarnos…

Me mordió. Con sigilo, disimuladamente, y nadie en la audiencia pudiera haberse percatado. Pero sentí el ardor de los dientes de Erik en mis labios.

* * * *

— Ahora, atiendan a su futuro pueblo antes de seguir con los demás asuntos del día.

Con demás asuntos del día y con futuro pueblo, Roberto se refería a la coronación—Erik ya era mi esposo, mas aún no era el rey legítimo de Umbralia.

Eso sería en la noche, pero en el interior del castillo, sin acceso para todo el público. Por lo que ahora nos tocaba recorrer las calles repletas de ciudadanos para saludarlos y hacer nuestro primer acto de presencia.

Nos ofrecieron carrozas, pero Erik y yo preferimos caminar junto al pueblo para vernos como sus similares, y agradecer sus bendiciones. Fueron casi dos horas, caminando bajo un clima divino—las nubes se aliaron con nosotros para apartar al inclemente sol y regalarnos una tarde agradable—, antes de inaugurar el banquete.

Aunque no se comparaba con el que sería llevado a cabo tras la coronación, los cocineros de la urbe de Umbralia prepararon miles de mesas repleta de platos para que todos pudieran deleitarse también.

Por lo menos un pájaro acababa de ser matado, de eso no había duda. Prácticamente todo el pueblo había atendido, y se recogían individuos de todas las clases, de todos los campos, de todas las profesiones.

Más de tres cuartos debían estar concentrados y, lo que es más, vociferando palabras de aliento y de júbilo. Nada de cánticos, quejas, ataques, objetos lanzados. Bueno, sí hubo, pero eran flores para mí o espadas a los pies de Erik para declarar lealtad.

Al parecer, ya el pueblo aceptaba más mis capacidades. ¿Era por Erik, por tener un militar capacitado a mi lado? ¿O era por mí, considerando la decisión que tomé para el reino? No había manera concisa de saberlo, pero estaba hecho. Ya no había dudas sobre el gobierno de la reina Valeria.

Y del rey Erik, en cuestión de horas.

* * * *

Adentro del castillo todo fue mucho más tranquilo y protocolar. Alrededor de un centenar de individuos presentes, entre la corte, posiciones de poder en

Umbralia y los miembros más altos del círculo de Erik.

Discurrió mucho más rápido, hasta llegar al momento en que me tocaba posar la corona de plata sobre la cabellera de mi esposo. Y eso hice.

Debíamos romper las tradiciones. Siempre se reservaba la corona de oro para el rey y la reina no llevaba nada, pero esta vez el poder recaía sobre ella, y no iba a serle quitado su mandato.

Al mismo tiempo, un rey sin corona era algo que nunca antes se había visto. Así que la solución del ministro de información—la corona de oro para la reina, y una recién forjada de plata para el rey. Ambos demostraban su poder, aun haciendo evidente quien mandaba.

La sucesión de regalos fue enorme—Roy presentó una espada nueva, al parecer de acero de playa, un híbrido de minerales no visto, para el uso del rey; Roberto ofreció una túnica identificada con el escudo de Umbralia, una montaña cruzada por dos espadas; Braulio otorgó al rey un libro, muy antiguo como podía ver, con la historia de Umbralia desde su primer día; Baldo nos regaló un reloj de arena con ornamentos muy esculpidos; Pietro puso sobre la mesa varios frascos llenos de hierbas, todas con el fin común de otorgar más fuerza.

Muchos capitanes del reino ofrecieron cualquier cantidad de armas a Erik, como si fuera a salir a luchar con todos a la vez; sus capitanes particulares le prepararon una vaina de oro para su espada nueva; y desde el pueblo llegaron toda cantidad de presentes, bien fuera en forma de mascotas, decoraciones, y comidas.

Esto último fue lo que menos faltó—si afuera ofrecimos una cantidad determinada para todo el pueblo, adentro del castillo esas mismas cifras fueron ofrecidas para este grupo reducido.

Entradas de sopas con toda cantidad de caldos; abrebocas de frutas de todos los campos de Umbralia; platos fuertes más poderosos que cualquier ejército, con la elección de carnes y pollos, acompañados de queso y pan; pescados para cerrar el paladar, frescos del otro lado de las montañas; y, como si no hubiera bastado, postres dulces con base en las mismas frutas.

Quien hubiera llegado con hambre no va a necesitar comer en un largo tiempo.

Y, claro está, el vino y el ron. Desde la primera entrada hasta el último postre, y algunos de los más aficionados—mi vista está fija en Baldo—hasta durante la coronación.

Si Umbralia fuera atacado en este momento, probablemente nadie se daría cuenta, estando en tal estado de ebriedad que no se reconocerían ni a ellos mismos. Y el vino de las afueras del castillo también hizo su efecto, pues desde las calles sube la melodía de canciones con un ritmo mal labrado.

Tales cantidades de licores estaban dispuestas a propiciar una infinidad de brindis, pero Roy—militar en el campo y en la corte—solo permitió dos, uno por cada uno de los agasajados.

Y abrió Dörden, el capitán de Erik.

— Salud, como siempre, por mi comandante, mi líder y, sobre todo, mi hermano, Erik— vociferó moviendo su copa, dejando escapar parte del vino—. Por largo tiempo hemos luchado y huido, pero hasta aquí llegó eso. Ahora cosechamos lo que sembramos, y nos toca descansar y construir junto a un pueblo tan noble y provechoso. ¡Salud!

Roy y yo cruzamos miradas. Mejor no pudo haberse expresado y, aun en su estado de ebriedad, no había rastros de mala intención o razones para desconfiar. Todo estaba en orden.

Luego se levantó Pietro. El ministro médico no era de muchas palabras en la corte, simplemente atendiendo lo necesario, pero era de largo el más longevo de todos. Su experiencia valía oro.

— Bueno— empezó—, yo he estado por largo tiempo en la corte de Umbralia. He vi muchas cosas y aprendido otras tantas más. Pero, si hay dos cosas que no puedo negar, son estas: no he conocido a un hombre tan admirado por su gente en batalla como Erik, ni a una mujer tan dedicada y preparada para gobernar como la pequeña Valeria.

>>El más allá tenga en su gloria a mis difuntos rey y reina, porque descanso sé que tendrán, al estar el reino en los pares de menos más capaces que he visto. Salud.

Y tras la subida al aire de todas las copas, el estrépito y la fiesta siguió estallando.

* * * *

Todos los artistas del reino se dieron cita en la sala del trono—cantantes con

las voces más agudas y graves, repitiendo las canciones ancestrales de Umbralia y entonando nuevas piezas dedicadas al rey Erik; malabaristas jugando con cualquier cantidad de objetos, incluidas las botellas de ron, para el disgusto de los ebrios; bailarines acrobáticos, disparándose hasta el punto más alto del techo; y hasta los supuestos hechiceros, haciendo actos de desaparición y jugando con cuchillos, preocupando sobremanera a Roy.

Aunque solo tomé una copa de vino, el espectáculo fue tal que robó por completo mi atención. Por instantes lo recordaba, pero eran mucho más largos los periodos de tiempo en que olvidaba que era huérfana, que era casi una niña en poder de un reino y con un esposo a quien apenas y conoce. Me sentí como la reina que soy, una mujer casada y lista para iniciar una nueva etapa de su vida.

Erik lo disfrutó todo, de eso no hay duda. Bebió como el que más, manteniendo su compostura en todo momento, y soltando carcajadas ante cada nueva distracción que nos era ofrecida.

De vez en cuando susurraba en mi oído alguna tradición de su pueblo, o estrechaba mi mano con fuerza sobre la mesa, pero no llegué a saber detalles nuevos sobre la vida de mi esposo. Bueno, ya bastante tiempo tendré para eso. Una vida entera, como si fuera poco.

Cuando todo estaba cerrando, un jinete llegó despavorido, cayendo en el medio de la sala exhausto de su cabalgata.

Era uno de los de Erik, pues aún portaba su vestimenta rural y no recordaba verlo nunca antes en mi vida—y la reina debe bendecir a cada nuevo integrante de su milicia. La manera en que se había apresurado, y su temple, hacían presagiar lo peor. Roy apartó definitivamente de su mesa la botella de ron, y corrió hasta él. Erik se levantó.

— Señor… mi rey Erik— empezó entre alientos profundos el jinete—. Vengo desde las mismas puertas del reino a toda velocidad, donde estábamos manteniendo vigilia, y necesitábamos anunciarle…

Sus jadeos profundos eran lo único que se escuchaba ante el silencio absoluto instalado en la sala.

— ¡Que esperamos que disfrute su luna de miel!— gritó estrafalariamente con una sonrisa en su cara.

La sala al completo se sumió en una risa. El licor fue más que suficiente para hacer olvidar el susto al que nos acababa de someter, y todos, gente de Erik,

gente de Umbralia, rieron por igual. Recuerda, Valeria, que ya no hay diferencia. Ambos son el mismo pueblo. Un solo reino.

Una sola persona no compartió la risa—el rey Erik. Tras haberse sentado, miraba con total seriedad esperando que se calmaran los bramidos de los presentes.

— Mi rey— susurré en su oído—. ¿Todo bien?

Erik permaneció en silencio unos segundos.

— No debió faltarle el respeto de esa manera— respondió.

— ¿Qué? ¿A mí?— Erik asintió una sola vez su cabeza en respuesta— No se preocupe, me dio risa también. Fue solo una broma.

— Sí. Tiene razón— dejó soltar Erik, antes de cruzar mirada con uno de sus capitanes y hacerle un gesto con un dedo. Entonces el capitán se acercó para hablar y sacar al jinete de la sala.

Tiene algo de carácter, es innegable. Y por muy cruda que sea su respuesta a la broma, lo que es innegable es que lo hizo por respeto a mi pudor. No es algo que pueda criticarle a mi rey.

Mi rey. Suena raro el simplemente pronunciar esas palabras.

— Bueno— pronunció Roberto a todo pulmón—, y con eso culmina la ceremonia y agasajo de coronación. Es hora de partir.

* * * *

Era costumbre en Umbralia que, la noche de la coronación, todos los invitados abandonaran el castillo al finalizar. Incluida la corte, incluidos los inquilinos del castillo, incluidos los guardias. Absolutamente nadie podía quedar, exceptuando al rey y a la nueva reina. O, en este caso, a la reina y al nuevo rey.

Los presentes se fueron despidiendo uno a uno, por último, los miembros de la corte, quienes nos dedicaron unas últimas palabras de felicitación—como si ya no hubieran sido suficientes. El final fue dejado para Roy quien, al fin y al cabo y aun si lo desconociera Erik, había sido el autor de todo.

— Larga vida a mi reina, larga vida a mi rey, y vida eterna para mi reino.

— De eso nos encargaremos, nosotros y nuestros herederos— respondió Erik.

Roy hizo una pequeña reverencia y se excusó del castillo, solo para nosotros. Solo para que vayamos al cuarto.

* * * *

Guie a Erik al cuarto de la realeza, mi guarida solitaria que hoy dejaba de serlo. Los sirvientes habían preparado todo—fragancias frutales emanaron apenas abrimos la puerta, luces tenues caían desde las velas a todo nuestro alrededor, una botella de vino y dos copas esperaban en una mesa, y la cama ahora tenía unas cortinas cubriendo la visibilidad. Todo acorde a cómo debía ir una noche de bodas.

Erik ingresó, sirvió dos copas de vino y me ofreció una. La suya solo tardó segundos en desaparecer—y, ante su mirada insistente, decidí bajarme la mía casi con la misma velocidad. Una vez la coloqué en la mesa, sintiéndome por un instante abrumada, afronté a Erik y tomé su mano entre las mías.

— Todo esto es nuestro, mi rey.

Y bajé un poco el vestido de mi hombro izquierdo para mostrarle algo de piel a Erik, antes de acercarme a besarlo. Esta vez fue mucho más sencillo, e incluso más cómodo, habiendo pasado el primer beso y no teniendo a todo un pueblo observándonos.

Nuestras bocas se contorsionaron, adecuándose la una a la otra, e incluso su lengua entró en la mía. Rico. Se siente rico, y por eso dejé que mi lengua también entrara en la suya y lo recorriera. Me podía acostumbrar a besarlo.

Con delicadeza bajé otro poco más el vestido de mi hombro derecho, pero de poco hizo falta.

Porque en un arrebato súbito, Erik rasgó mi vestido y me lanzó contra la cama, con tanta violencia que impacté mi espalda contra el cabezal.

Y ahí yacía, desnuda y con mi dorso adolorido, mientras Erik arrasaba con su ropa y se acercaba como una bestia hacia mí.

4

¿Qué acababa de suceder?

Cuando creciendo imaginaba mi primera vez con un hombre, a veces pecaba de inocencia.

Todo sucedía mágicamente, en un cuarto con una ventana que permitía observar la luna, con el sonido de la noche haciendo eco en nuestros oídos y, tras horas besándonos, de a poco empezábamos a remover nuestra ropa. Muy pausado, muy lento, todo a su momento, descubriéndonos con delicadeza.

Entonces, ¿por qué acababa de ser lanzada contra la cama y mi ropa yacía en el piso hecha pedazos?

No pude preguntármelo mucho, pues Erik se acercaba a mí con un paso casi animal, sus ojos bramando fuego, y su pene balanceándose de un lado al otro. Atrás quedaban sus movimientos caballerosos, sus ojos profundos y soñadores, y su vestimenta recatada.

Este no era Erik. Este era el hijo del dragón.

* * * *

Y el hijo de dragón saltó a la cama, acomodándose a un lado mío y besando mi boca. Bueno, esto puede funcionar, pienso una vez regresamos a nuestra acción propio. Puedo hasta ignorar el dolor de mi espalda.

Pero tras apenas unos segundos, Erik se desvió por completo de mi boca y bajó hasta mi cuello, empezando a besarlo con fiereza. Diablos, ¿cómo se puede sentir tan bien?

Sus labios y su lengua por igual lo recorren al completo, mientras sus manos sujetan con fuerza mis flancos. Esto me gusta, sin duda. Me permito entrar en el momento y sentir con mis manos el sólido cuerpo de Erik, palpando la perfecta definición que atesora.

Sí, hasta que…

Todo de una.

La mano izquierda de Erik impactó con toda su fuerza mi glúteo, entregándome un agudo dolor, para quedarse allí mismo apretándome con fuerza; su mano derecha se entrelazó con mi cabello, jalando mi cabeza con violencia hacia atrás, casi como si fuera a arrancarlo; y su boca se zambulló en mis senos, firmes y lo suficientemente grande como para no poder abarcarlos por completo, pasando de lamer a morder casi en el mismo instante.

Las tres sensaciones dolorosas me hicieron quejarme, pero Erik no se dio cuenta. Más bien, su respuesta fue la contraria—con la misma fiereza me sostuvo por la cintura y, tras masturbar una y otra vez su pene, con total dominio me apretó boca abajo en la cama. De a poco sentí su hombría acercarse…

— ¡Detente! ¿Qué estás haciendo?

Y delicadamente impedí que entrara en mí. Erik devolvió la mirada confundido antes de, como si no hubiera escuchado nada, volver a intentar montarse sobre mí.

— Oye, ¡es en serio! ¡Detente!

Erik soltó mi cintura bruscamente, haciéndome rodar hasta un lado de la cama.

— ¿Qué crees que estoy haciendo? Estoy reclamando mi derecho como esposo— bramó, obstinado.

— ¿Pero por qué tienes que hacerlo así?

— ¿Así cómo?

— Tan bruscamente— respondí—. No pareces tú, pareces…

— ¿Qué? ¿Qué parezco?— preguntó, entrecerrando sus ojos— ¿Acaso me conoces?

— No, pero…— sí, no necesito que me recuerdes que no te conozco. Como si toda esta noche no hubiera logrado hacerme sacarlo de mi cabeza.

Erik permanecía firme allí, esperando una respuesta, repartiendo sus miradas entre mi cara y mi cuerpo.

— Podemos llevarlo con calma— propuse—. Más poco a poco, con recato. Empezar por un lado, y bueno…

Erik rio.

— Yo veo el amor de la misma manera que veo la guerra— respondió tranquilamente—. Son los únicos dos momentos en que puedo liberarme y dejarme ser como soy.

¿Un animal? Preferí callarme esas palabras.

— Está bien, pero, ¿podríamos hacerlo a mi manera?

Erik pareció acercarse uno centímetros a mí, fijando sus miradas en mi entrepierna antes de responder.

— Este matrimonio nos hace iguales. Mi esposa, tu esposo. Ninguno por encima del otro.

Y, súbitamente, se levantó de la cama y le dio un golpe a la pared que hizo retumbar el cuarto.

— No vas a cambiar mi manera de ser, así que ni lo intentes.

No, ¿cómo puedo intentar algo? La pared del cuarto hasta se agrietó un poco, y la ira de sus ojos me hizo hasta verlos rojos. Subsidió pronto y, tratar tomar los remiendos de su ropa y ponérselos a medias, volteó hacia mí desde la puerta.

— Tarde o temprano tengo que darte un heredero. Y lo haré a mi manera— y, con un tono autoritario, añadió—. Lo quieras o no.

* * * *

Todo beneficio tiene un coste, y todo matrimonio tiene letra pequeña.

Si bien Erik sabe cómo dirigir un ejército y mantener los modales en la corte, en la intimidad no deja de ser un guerrero.

Brutal y asesino en el campo, e igual de asesino y brutal en la cama. Si le dicen hijo del dragón por algo será, y ese algo tendrá bastante relación con su furia, su fuego, y la destrucción que es capaz de causar.

Es mi deber, pero, ¿cómo se supone que me acueste con él? Estamos hablando de que nunca en la vida he estado con otro hombre, por lo que me espera dolor. No hay problema, eso es inevitable.

Pero, ¿es necesario el dolor de mi cabello sintiendo las raíces casi quebrarse?

¿O el de mi glúteo, generalmente blanco dentro de su gran tamaño, ahora rojo sangre? ¿El de las mordidas en mi seno? O, de verdad, pudiendo yo caminar hasta la cama, acomodarme como él quisiera, ¿el de mi espalda con una gran contusión?

Lo que dijo es cierto—en el amor se libera. A quien vi ayer en el cuarto no era el Erik que había conocido todas las semanas hasta la boda.

No parecía tener idea de dónde estaba o con quién. Solo tenía una misión, y era hacerme suya a como diera lugar. No le importaba lo que hiciera falta. Igual podía follarme como podía asesinarme.

Y es que, por mucho que sus pectorales abarcaran un diámetro encomiable, y que sus brazos y hombros resaltaron, y que sus abdominales estuvieran más definidos que un guerrero heleno, y que su pene, acorde a su color, se mostrara preparado para mí, lo peor fue mi instinto.

Porque al verlo caminar hasta la cama no sentí que fuera a ser follada—sentí que era el enemigo y que iba a ser decapitado.

¿Es capaz de eso? ¿Me casé, de veras, con un animal?

* * * *

Ahora, realísticamente, ¿qué puedo hacer?

Hablar con la corte no haría más que suscitar una respuesta negativa, sea cual fuera su estancia. O tomarían en mala estima a Erik y tratarían de alejarlo, o me dirían que no había más remedio sino continuar con mi tarea.

Alejar a Erik o, en otras palabras, el final de mi reino. Un pueblo dubitativo, cuyas interrogantes se resolvieron con el matrimonio, y ahora vemos cómo se derrumba frente a ellos.

No habría nadie quien pudiera volver a tomar en serio mi gobierno. Y eso es si Erik decidiera alejarse pacíficamente, porque ahora tenía el poder para iniciar una revuelta armada y, si no llegaba a tomar Umbralia, causar un daño irreparable.

¿Hablar con él? Ya lo intenté anoche, y no hubo resultados. Más bien, recibí un ultimátum. Y, si algo he aprendido en mi vida, es que lo único que no puede

cambiarse es la naturaleza de un hombre.

¿Cómo podía esperar matar al dragón que lleva adentro? Quizás hablándolo fuera del cuarto, con ropa y la cabeza fría, suscite mejores resultados. O quizás lo único que haga sea molestarlo más y complicarlo todo.

Y la única alternativa es la única que me funciona ahora—abstenerme de acostarme con él. No estoy preparada para perder mi virginidad de una manera tan brusca.

Luego, aun superando eso, sigue estando el riesgo de ser herida o asesinada. Además, ¿cómo se vería una reina que aparezca con moretones y sangre a comparecer ante su pueblo? Un rey abusador sería casi tanta causa de dudas como su desaparición.

Pero, ¿por cuánto tiempo podría mantener eso así? Por un lado, Erik ya se declaró fiero y, a falta del combate, necesitará liberarse de alguna manera. ¿Qué pasará si lo aparto de mi cama por demasiado tiempo? ¿Buscará a quien lo satisfaga entre el pueblo, o su violencia saldrá del cuarto? ¿O se lanzará al campo de guerra sin razón aparente?

Y, claro, no lo olvides—necesitas un heredero. Necesitas que su semilla haga crecer en ti al próximo rey de Umbralia. Debo acostarme, en algún momento, con Erik.

Repito, ¿cómo?

* * * *

Esa noche Erik no durmió en mi cama, y vaya a saber cuál de todos los cuartos del castillo vacío utilizó para irse en sueños. Suerte esa, de tenerlo todo para nosotros. Jamás perdiendo sus cortesías, regresó al cuarto antes del cantar del gallo para evitar que alguien se presentara a esta situación peculiar.

Los siguientes días fueron fríos y distantes, eso sí. Conversábamos lo estrictamente necesario en todos los temas políticos, desde apostamiento de tropas hasta impuestos.

Y nos presentábamos en la corte, y atendíamos a las súplicas de los ciudadanos—que ahora eran más visitas al rey que otra cosa—, y hacíamos

acto de presencia en los establecimientos cercanos.

¿Cómo podía atesorar dos personalidades tan distantes? Con verlo en nuestra presentación y en la boda jamás habría esperado que escondiera tal desenfreno.

Del mismo modo en que, tras esa noche, juré que no iba a volver a ser el mismo individuo. Pero sí. El rey Erik seguía siendo un hombre ejemplar, infundiendo respeto.

Y temor. El mismo temor que sentían sus enemigos en el campo de batalla ahora se había apoderado de mí.

* * * *

Erik pasó las siguientes noches fuera del cuarto. ¿Dónde? No podía saberlo. Pero absolutamente nadie se había percatado, pues no estaban corriendo rumores ni salió información alguna a la palestra en la corte. Sea lo que estuviera haciendo, lo hacía perfecto.

Conste, nunca fue esa mi intención, pues nunca le pedí que abandonara el cuarto. Es más, en el único momento en que llegamos a hablar, tales como éramos nosotros, de un tema no político, fue relacionado a ello. Saliendo de la corte a horas tardías, y a punto de prepararnos para dormir, lo atajé.

— Oye, Erik— dije con nervios—. Sé que este arreglo no es lo que más deseas, pero no tienes por qué dormir afuera. Nuestra cama es lo suficientemente amplia para nosotros dos.

Erik esbozó una sonrisa, mirando a través de la ventana.

— Si no compartes tu cuerpo, no compartiremos la cama— respondió—. Y eso me hace preguntarme, ¿cómo podemos compartir el reino?

Erik se fue, y un frío recorrió mi espalda. ¿Acababa de amenazarme?

No. No podía permitir que el rey, quien portara una corona y también decidiera por todos los ciudadanos, fuera a ultrajar mi autoridad o cuestionar la seguridad de mis ciudadanos. Así que tenía que tomar cartas en el asunto, por muy limitadas que fueran.

Antes de que desapareciera de vista, jalé a Erik y lo besé. Solo un beso. Con

firmeza, apretando mi cuerpo contra el de él, y pasando mis manos por su cabello, pero, al fin y al cabo, solo un beso. Nuestras bocas y lenguas se cruzaron por unos segundos, tras lo cual lo solté y me alejé sin arriesgarme a soltar otra mirada.

¿Qué acababa de hacer? Había jugado con la bestia. Ahora, la pregunta era, ¿la había apaciguado o alimentado?

* * * *

Si quería respuestas a esa pregunta, iba a tener que esperar.

La actitud de Erik en los días siguientes fue idéntica. Tan profesional como frío en todos nuestros eventos obligatorios, y alejado de nuestro cuarto. Era su segundo ultimátum—si no me acostaba con él, no compartiría mi cama. ¿Qué se suponía que hiciera? ¿Ceder y ya?

Alguien podría decir que era lo que requería el reino, pero, ¿y si me costaba la vida? ¿Se podía el reino caer en manos de un bárbaro?

Bárbaro. La palabra se sintió horrible en mis labios, en referencia a una de las dos horribles facciones que habían iniciado la guerra en todo el continente, pero, ¿qué es sino eso?

Y a todas estas, ¿qué estaba haciendo? ¿Dónde dormía? Varias noches lo busqué por todo el castillo y no hubo rastro alguno. Descansaba y encontraba paz, de eso no hay duda, por el vigor con el que llegaba cada mañana. ¿Qué significaba entonces descanso y paz para él? ¿Una cama en la que dormir ininterrumpidamente? ¿Otra mujer a quien follarse?

El pensamiento me aterró. ¿Qué pasaría con el reino si se descubriera al rey follando a alguien más? Umbralia era lo más atípico a las tradiciones de otros comandantes y reyes—los miembros de la realeza eran fieles, sin regar bastardos por doquier. El último caso conocido de infidelidad había sido documentado hacía más de dos siglos.

Como el tiempo sin un foráneo de rey. Tantas cosas cambiando en el reino, ¿por qué no cambiar esa también?

¿A quién? ¿A alguien del castillo? Las sirvientas y cocineras compartían aposentos, y era difícil que alguien entrara desapercibido.

Y ni se diga abandonar nuestra morada, pues había suficientes guardias en cada puesto como para percatarse. La palabra del rey tenía autoridad, sí, pero sí que era imposible que nada fuera a llegar a mis oídos.

Había algo que crecía desmedidamente—mi intranquilidad. El tiempo pasaba, Erik y yo nos manteníamos a la misma distancia, y ya no hallaba sobre qué preocuparme.

Algo estaba claro—debía tomar otra medida. Urgente.

* * * *

El rey había anunciado el día anterior que partiría de caza. Quería mantenerse fresco en el campo, y empezar a conocer los territorios de Umbralia.

Hacia el oeste, en las montañas de las zonas medias del reino, se ubicaba uno de nuestros bosques más ricos, repleto de criaturas salvajes que siempre hallaban manera de escabullirse. Empezando por los enormes jabalíes, reservados para los grandes banquetes anuales.

El séquito del rey no era muy vasto—una pequeña legión, dividida entre soldados de Umbralia y soldados suyos. Debería empezar a dejar de usar esa distinción, pero es difícil. Apenas va un mes, y me cuesta terminar de verlos como parte de nosotros.

Eventualmente lo haré. Probablemente en el que vea al rey como mi esposo, y no como un riesgo.

Los diecinueve hombres partieron, tras un beso fingido de despedida de mi parte y trompetas invitando al pueblo a desearles éxito en sus venturas.

La excursión se llevaría alrededor de dos semanas, entre la ida, el regreso, y la cacería como tal. El rey prometió conseguir carne de primera para que el castillo se regocijara, tardara lo que tardara.

Bien. Porque necesitaré tiempo para esto.

* * * *

No podía acudir a Roy. Era un hombre de guerra, y su solución sería ponerse en alerta. Pietro era muy mayor y preocupado por mí para ayudarme. Baldo y sus monedas es quien menos confianza me inspiraba en el consejo.

Y, por la misma razón de que Braulio es el ministro de información, no deseaba que manejara tanta bajo su poder.

Por lo que acudí a Roberto. Nada tenían que hacer sus leyes en esto, pero sabía que me apoyaría—después de todo, en gran medida crecimos juntos. Apenas me lleva unos cuatro años, e incluso fue uno de los nombres que se discutió para casar a la princesa Valeria.

Y, además, tenía el hígado que sabía era necesario para nuestra tarea.

Y su hígado empezó a cumplir su función tras la tercera botella de vino, cuando ya debía estar en un estado de ebriedad similar al de Dörden. El primer capitán de Erik aceptó esta invitación cortés de tomar, en el estar común de guerreros, unos tragos con la esposa de su líder, y su reina, y con el ministro de leyes, un hombre de su misma edad y con aparentemente el mismo gusto por las mujeres.

— Discúlpeme, su alteza— repitió por tercera vez Dörden—, pero tengo que darle la razón a este hombre Roberto. Yo no quiero a ninguna de esas mujeres flacas, hijas de oso, nunca alimentadas. A mí pónganmelas con mucho cuerpo. Con senos deliciosos, y con unos glúteos adorables para rebotar contra mí. Discúlpeme otra vez.

— Disculpado— sonreí—. Lo más importante que puede ser un hombre es sincero.

— Así mismo es— dijo Dörden mientras abría la cuarta botella de vino.

— Y, hablando de la belleza de las mujeres— acotó Roberto—, ¿cómo han de gustarle al rey Erik?

— El rey no tiene predilección— señaló levantando un dedo—, como ha quedado demostrado. Es un hombre abierto a los placeres que puede ofrecer la vida. Su esposa, vaya mujer, morena, como venida de otra dirección. Voluptuosa, con mucho más relleno que usted, reina— me dijo—. No lo tome a mal, me refiero a que esta mujer tenía algo más de grasa. Y ajá, más cuerpo también, discúlpeme.

— No se preocupe Dörden. Solo quiero conocer los gustos de mi esposo— respondí—. Entonces, ¿morenas?

— Sí, bueno, esa era ella. La otra, un cuento totalmente diferente.

— ¿La otra?— interrogó Roberto.

Dörden levantó una mirada sospechosa, percatándose de lo que acababa de revelar.

— No, lo que quise decir es que…

— Tranquilo, mi capitán— le aseguré—. Yo sé bien que hubo más de una, no tiene que esconderlo.

Dörden permaneció callado. ¿Se habrá tragado mi mentira?

— Está bien, como le decía— dejando evidente que sí, me creyó por completo —, su primera mujer era todo lo contrario. Más esbelta que la reina, y pelirroja, como si su cabello hubiera sido tocado por el fuego. Hermosa también, eso sí, todas hermosas.

— ¿Qué fue lo que le pasó a ella?— interrogó Roberto, siguiendo a la perfección su papel.

— Pues le pasó el comandante Erik— Dörden bramó en risas—. Le enseñó de qué trata el amor.

— ¿Cómo dice?— continuó Roberto con su ignorancia.

Dörden volteó los ojos y me afrontó.

— ¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

— Mejor díselo tú— contesté.

— El comandante Erik es el mejor guerrero en todos los campos del continente, y el mejor en la cama también— empezó Dörden—. Y la pobre pelirroja no estaba lo suficientemente preparada para estar con un hombre de verdad.

>>No puso su cabeza en el momento, pues, no se concentró, no se entregó de verdad. Y vinimos a conseguirla con un brazo dislocado, una contusión en las costillas y sangre corriendo de su boca.

Dörden rio.

— Muerta, la pobre mujer.

Roberto volteó hacia mí en terror, pero no hizo falta voltear para observarlo. Mi reflejo en el espejo del pequeño estar ya mostraba más que suficiente horror

para toda una vida.

5

En estos momentos la cacería real debía estar en su punto más álgido. Ya tenían tres días de haber llegado a los bosques, el momento en que, según papá, los animales más salvajes e indomables empiezan a oler el reto y se dejan ver entre los árboles. Listos para matar, o ser matados.

¿Y qué es lo que me conviene más a mí?

¿Qué mi rey domine a la bestia sobre la que haya puesto sus ojos, y llegue satisfecho a su hogar? ¿O que la bestia salvaje asesine a la bestia con la corona?

* * * *

Lo que logramos sacar de Dörden era algo cercano a una sentencia de muerte.

He aquí, el hombre que se transforma al momento de entrar al campo o a la cama, con una mujer ya asesinada en el acto. ¿O fue por algo más? Su siguiente mujer, su esposa, duró años a su lado y por lo que se recoge del pueblo, no hubo ningún percance.

No se puede descartar entonces que la razón del brutal ataque a la pobre pelirroja haya sido por cualquier otro asunto, y no simplemente un accidente en la cama. Pero, con lo que yo ya sé y he vivido con él, ¿qué más podría pensar?

Roberto compartió mi preocupación. Y mi confianza en él probó no haber sido en vano—ni una palabra a ningún otro miembro de la corte. Ayudó a atiborrar a Dörden de más y más licor, hasta que llevarlo inconsciente a su propia cama.

Despertando solo, en un cuarto desconocido, Dörden se convenció del empeño que le puso a su bebida y borró todo recuerdo después de nuestra primera hora de charla.

Cada vez que me veía se disculpaba por el espectáculo que de seguro debió haber ofrecido. O era un actor de primera, recordando todo, pero nada me

hacía pensar en ello.

Ahora, ¿qué hacer?

— Yo promulgué ese matrimonio—dijo solemne Roberto—. Y, bajo las leyes de Umbralia, cualquier unión en nupcias puede ser disuelta si existe un atento contra la integridad de uno de los cónyuges— suerte que no nos ateníamos a la iglesia, en cuyo caso Erik y yo habríamos estado eternamente atados. Pero…— Pero la corona es otro asunto totalmente diferente. El único estamento que habla de descoronar a un rey refiere que el noventa y nueve por ciento de la población debe reunirse frente al castillo y pedirlo.

— ¿Cómo es posible tal exageración?

— Bueno, reina— continuó con delicadeza Roberto—, nunca ha habido necesidad alguna de revocar a un rey en Umbralia. Usted conoce bien la historia, los únicos casos han sido finales violentos bajo la espada de reyes que habían perdido la cabeza.

— Y, en este caso, sería totalmente imposible.

— Es que, ¿cómo convencer al noventa y nueve por ciento de Umbralia que el grandioso rey a quien recibieron con los brazos abiertos es un peligro para el reino? Uno por uno, haciéndolos venir hasta la capital. No hay forma, ni manera.

Recordatorio para el futuro, Valeria. Promulga alguna ley que permita facilitar el proceso de descoronación. Que es una aberración, después de todo.

— ¿Cómo podían declarar eso?— pregunté— Yo sé que no es lo típico, pero, ¿y si un rey está tomando todas las decisiones erróneas? ¿Cómo es que no hay otra manera de librarse de él que no sea violenta?

— Porque Umbralia es una sangre, y el rey es la máxima expresión de esa sangre— respondió tranquilamente—. Aquí siempre se ha creído y confiado en los reyes. Es en los últimos tiempos, con la modernización, que el pueblo ha empezado a tener su opinión y manifestarla.

Es cierto. Como me recordó, los únicos reyes que soltaron la corona fueron a través de las espadas. El último caso fue hace medio milenio. Y, si nosotros decidiéramos buscar un revuelo, ¿nos apoyarían? ¿O apoyarían primero a su flamante nuevo rey y su ejército ejemplar?

— Lo que me estás diciendo es que no hay salida alguna— dejé escapar.

— No que hayamos descubierto— atajó Roberto—. Pero siempre, siempre, hay salidas.

* * * *

Lo que siguió en mi reinado fue algo muy diferente. Sí, aun debía atender al pueblo, y reunirme con la corte, y recorrer las inmediaciones, pero mis noches estaban ocupadas. Y es que empecé a entrenar bajo la tutela de Roy.

Roy es el soldado más hábil de Umbralia, después de todo. ¿Quién mejor que él? Pero sigo sin querer compartir la información, así que la excusa tuvo que ser totalmente diferente—me siento débil, en comparación con mi majestuoso rey, y, al mismo tiempo, me preocupan los rumores de guerra que rodean el reino.

Por lo que quiero estar más preparada. Claro, a la reina le avergüenza que se sepa de su cobardía, por lo que le pedí que no informara de nuestros encuentros a absolutamente nadie.

Así que empecé a aprender a usar la espada, tanto que quise en mi infancia. A portarla, a posicionarme en estancia de combate, a usar mi escudo para contrarrestar a cualquier enemigo.

Mucho entrenamiento de fuerza, algo poco habitual pero que suelen practicar los soldados de Erik—ejercicios corporales que me dejan fatigada a más no poder al otro día, pero aumentando mi fuerza todos los días. Arco y flecha, ballesta, mazo, cuchillo, lanza.

Hasta recibí lecciones de estrategia y formación en batalla. Nada que fuera a ayudarme a protegerme del hombre que podía matarme, pero debía mantener mi cubierta, y era la mejor forma de que Roy siguiera pensando que no se traba de absolutamente nada más.

No sé qué esperaba, sinceramente. No iba a iniciar una lucha con Erik, ni mucho menos, y, si me tomaba en el cuarto, no importaba cuantas flexiones hubiera hecho, no había forma ni manera de que fuera a ganarle en fuerza. La realidad es que necesitaba hacer algo, y sentir que me estaba preparando. Quedarme sentada, rezando a dioses en quienes no creo, no iba a ayudarme en nada.

El resto de mi tiempo lo compartía con Roberto, quien se había confirmado como un confidente.

Mis preocupaciones, mis miedos. Alternativas, planes de emergencia. De todo hablamos, y todo lo pude encargar en él. Disimuladamente trabajó a Braulio en pos de averiguar dónde estaba durmiendo o qué hacía Erik las noches en que no compartía mi cuarto, pero no había aval.

Nuestra conclusión es que había infiltrado en la capital, o, quien sabe, hasta en el castillo, a alguna de sus acompañantes del norte y estaba satisfaciéndolo en la cama. Era la única manera de mantener a esa bestia en calma, y alejada de mí. Una conclusión totalmente basada en conjeturas, pues no había ni una sola evidencia que llevara a ello, más que el hecho de que sigo viva.

Algo era más que conjeturas—la guerra. Y Roy tenía más que razón en creer mi deseo de aprender el arte de combate, pues cada vez cobraban más y más fuerzas las lenguas.

Como el hecho de que el Reino de la Fe había conquistado una serie de castillos a una distancia prudente de nuestras puertas, lastimados y sin muchos recursos, y allí habían permanecido por demasiado tiempo.

¿Cuál sería su próximo paso? Si lo que buscaban era alimento, Umbralia no podía representar una mejor alternativa. Ellos tenían las mejores mentes estratégicas. Ahora, si les convenía atacarnos o no, vaya a saber.

Al igual que los bárbaros, que habían perdido muchas batallas y terminaron siendo arrinconados contra el mar. Seguían fuertes, pero sin muchos espacios hacia los que moverse.

Y allí mismo, cruzando las montañas, estábamos nosotros. Nadie en su sano juicio lo intentaría. Lástima que estemos hablando de un ejército que no tiene juicio y que es totalmente impredecible. Y combatir en las montañas podría venirlos como anillo al dedo a sus habilidades.

Un hecho les gana a ambos, y es lo que tranquiliza a Roy—sin importar cuánto poder atesoremos en Umbralia, tenemos a Erik. Y con su fuerza militar y el respeto y temor que infunde, nadie se atrevería a atacarnos. Por ello para Roy, así la guerra toque nuestra puerta, no es una preocupación.

Sí lo es para la reina, quien está totalmente separada del rey, el único quien puede mantener alejados a los enemigos. ¿Qué hacer?

* * * *

No sé, pero sea lo que sea, rápido. Ya el séquito del rey Erik está movilizándose de regreso a la capital de Umbralia. Y al parecer vienen a toda velocidad—la cacería fue todo un éxito, el rey está entusiasmado, y no pueden esperar a volver para freír el búfalo de cuatro metros que cayó vencido ante las manos del rey.

No de la espada, ni de ninguna otra arma. Las voces enviadas afirman que, tras un enfrentamiento sangriento, terminó usando sus propias manos para dominar y acabar con la bestia.

¿Estará saciado, entonces? ¿O vendrá con sed de más?

El espejo, al menos, me revela una mejora. Mi cuerpo estaba bien provisto con el deseo de los hombres, quiero decir, curvas. Además de mis senos, mis glúteos mostraban una buena solidez y tamaño. Pero el ejercicio y trabajo adicional que he metido se nota, pues tanto mis brazos como mis piernas han ganado solidez y volumen.

Y ya no suelto nunca la espada, puedo acertar a un pájaro en movimiento con una flecha, y domino el mazo tanto como las demás armas. Eso sí, nada me llama la atención tanto como la ballesta, que se siente cómoda en mis manos.

Así que, solo para prevenir, y para que todo esto no sea en mano, escondí una bajo la cama. Bastante profunda, de manera que, por muy difícil que me sea acceder a ella, más imposible aun sería que Erik se percatara de ella. Y Roberto y yo estábamos de acuerdo—un hombre con el cuerpo del rey podría aguantar más de media docena de flechas y mantenerse en pie. Una ballesta podría ser otro cuento.

Aunque ese no es mi plan.

No, por algo Erik es rey. Por algo decidimos matar a todos esos pájaros de un tiro.

Sea como sea, debo lograr el objetivo único que se marcó antes de su llegada.

* * * *

El pueblo al completo salió a las calles. Si bien la congregación no era tan grande como el día de la boda, por supuesto, era una de las más grandes nunca vistas por un hecho banal en la historia de Umbralia. Así lo certificaban, al menos, los más longevos. Se habían visto grandes manifestaciones por bodas, coronaciones, declaraciones o cierres de guerra, banquetes.

Pero nunca, jamás, se había unificado tanto un pueblo para simplemente celebrar el regreso de su rey de una cacería.

Y así fue. Desde tempranas horas de la mañana empezaron a dar vueltas por las calles y, conforme crecía el rumor a la lejanía, se empezaron a posicionar. Como reina esperé afuera, y fui testigo de primera mano de la multitud que se había apostado afuera del castillo.

Ante el anuncio de trompetas, una mancha apareció en el horizonte. Mancha creciente, empezando a ganar forma los diecinueve jinetes que regresaban. No, pronto pudimos contar que no eran diecinueve—junto a ellos venían tres más.

Los tres jinetes agregados, autores del espectáculo del que pudo disfrutar en primera plana todo nuestro pueblo. Pues estos se encargaban, en conjunto con el rey Erik, de arrear la carreta.

Sin duda eran granjeros, felices de que su carreta de carga estuviera siendo usada para portar los despojos de la cacería del rey. El enorme búfalo de, sí, cuatro metros. Una abominable bestia que yacía ensangrentada y con una expresión de terror en su cara.

El pueblo gimió, bramó y aplaudió al verlo. Si aún no amaban a Erik, ahora lo hacían completamente—fue recibido como un héroe recién acabado de conquistar el continente completo, en alto, con ofrendas de comida y de cualquier cantidad de obsequios.

¿Cómo era posible esta reacción tan desmedida? Bueno, supongo que es el rebote al golpe. El golpe duro que representó el fallecimiento de un plumazo de su rey y su reina, sumamente adorados y cuyo gobierno había sido ejemplar.

Quizás, aun si no hubiera sido yo sino el siguiente general más capaz quien tomara el poder, igual se habrían sentido desilusionados. Nadie iba a poder compararse con los fallecidos. Y tras ese chasco, ese fiasco, el que llegaba venía a salvarlos.

Y ese era Erik. El hombre más amado de Umbralia.

Así que, Valeria, puedes terminar de olvidarte de cualquier plan de deshacerte de él por lo político. O por la violencia del pueblo, si vamos a eso.

Debes convivir con tu esposo.

* * * *

Y ese era mi plan, a lo largo. Ya lo había dejado preparado en el cuarto, mientras seguía todo el protocolo que nos esperaba a la llegada del rey.

El beso frente al resto del pueblo, el recibimiento del castillo, una reunión para ponernos todos al tanto en la corte, y un festín para celebrar su cacería. Dos festines, de hecho—uno preliminar, ya preparado, mientras cocinaban el búfalo; y el otro, bien entrado en la noche, con la misma bestia traída por Erik.

Nos sentamos juntos, como es el deber, pero en ningún momento me cruzó palabra. Todo seguía igual, sin duda alguna. Y por eso decidí empezar a cambiarlo.

Me sentía muy rara, inicialmente. Jamás había hecho nada con un hombre más que los besos y el, bueno, lo que haya sido mi primera noche con Erik. Por eso una sensación foránea me invadió mientras llevaba mi mano debajo de la mesa y, tras dudar unos segundos y tantear primero, toqué el muslo de Erik.

El rey volteó un instante, como asumiendo que había cometido un error. Lo que no esperaba, de eso estoy segura, es de que mi mano se afianzara y empezara a subir por su muslo, hasta llegar a su mismísima hombría y apretarla.

Erik volteó, sorprendido, manteniendo su mirada desafiante fija en mí. Desconfiaba, lo podía ver. Por lo que tuve que apurarme para matar esa desconfianza y, sosteniendo mejor su pene, empecé a masturbarlo.

Su mano inicialmente se estiró, como para frenarme, aun abrumado, a lo que respondí estrujándolo con más fuerza, abarcando más espacio. Erik dejó ir su mano, la cual posó con firmeza sobre la mesa. Lo había logrado, al menos por ahora. Había calmado a la bestia.

Y tras unos dos minutos, decidí llevarlo más allá. Quité mi mano, ante lo cual Erik se echó un poco hacia adelante, como creyendo que había terminado. Pero no—la apreté por el espacio que dejaba libre el pantalón contra su piel y

toqué con firmeza su pene en vivo. A medio camino entre la flacidez y la rigidez, empezó a masturbarlo más. Y más. Y más.

Erik tuvo que aferrarse al borde de la mesa, como para no perder el control. Y mientras seguía masturbándolo, me di cuenta de que me agradaba cómo se sentía en mi mano.

Estaba cansada, al no estar nada habituada a ello, aunque aguanté y seguí. Y seguí. Hasta que un líquido primero y luego una secreción espesa me hizo saber que había llegado a Erik hasta su punto máximo. Y que su semilla estaba corriendo por mi mano.

Y, entonces, sin previo aviso…

Me besó.

Sin importarle el lugar en el que estábamos, ni la compañía, ni la comida, Erik sostuvo con fuerza mi cuello y buscó mi boca, y nos dimos un beso profundo como el que más. El comedor al completo hizo silencio, antes de escucharse risas y aplausos por igual.

Y fue… delicioso. El beso no se sintió protocolar como el de la boda, ni me agarró con nervios como en el cuarto. Fue muy bueno. Como si estuviera besando al hombre al que amo.

¿Podré amarlo algún día?

* * * *

Una vez terminó el banquete, esperaba que Erik pudiera ir con el mensaje sin tener que decírselo. Ya había sido suficiente de la farsa que habíamos mantenido en nuestro cuarto. Y, tras despedir a los miembros de la corte y permitirles retirarse a sus aposentos, tomamos rumbo al nuestro.

No era nada nuevo—después de todo, las desapariciones de Erik sucedían tras haber ingresado al cuarto. Y, esta vez, tras cerrar la puerta, no me ignoró como siempre hacía antes de escabullirse. No. Erik mantuvo su vista fija en mí, de manera casi innatural, estudiándome.

Ante su mirada de piedra, me acerqué a mi rey y, con un movimiento sutil, volví a tomar su pene en mi mano. Pero esta vez no lo hice delicadamente—apliqué

mucha más fuerza que antes, sosteniéndolo.

— ¿A quién te estás follando?

Erik permaneció alerta, por la dedicada posición en la que se encontraba su hombría, al tiempo que demostraba algo de confusión. Por cierto, me encantaba ello—tras tanto que he sufrido a su lado, verlo confundido a él es un buen cambio.

— ¿De qué estás hablando?

— Todas las noches, cuando abandonas este cuarto y buscas calmarte— recriminé—. ¿Con quién duermes? ¿Quién te está abriendo las piernas?

— Nadie.

Apreté con más fuerza, sobresaltando sus ojos.

— Respóndeme.

— Con nadie.

Jalé su hermoso cabello con mi otra mano, haciendo que nuestros ojos se enzarzaran.

— Erik. Respóndele a tu reina.

Erik inhaló profundamente varias veces, antes de llevar una mano hacia cada una de las mías para apartarlas. Delicadamente.

— Duermo en la azotea del castillo— respondió mientras se liberaba de mí—. Me hace sentir libre, en el campo. Es lo que me hace sentir mejor.

Con claridad pude ver que me estaba diciendo la verdad. O era tremendo actor, al igual que Dörden.

— Es decir, que desde que estás aquí, ¿no te has acostado con ninguna otra mujer?

— No— dijo con claridad.

¿Por qué será que le creo? ¿Es que acaso tengo la misma habilidad de mamá para diferencias la mentira de la verdad con tanta facilidad? Lo de ella era algo inhumano. Y, ahora, debía confiar en mí.

— Entonces— empecé, alejándome unos pasos—, ¿qué esperas para desvestirme?

6

¿Podía sobrevivir a acostarme con Erik?

Lo que siguió fue una danza lenta.

Erik respondió a mi invitación de despedirme acercándose con delicadeza y, como si hubiéramos regresado a la noche de bodas, rasgando mi vestida.

Con una mirada lo alerté de que se calmara, ante lo cual el beso que me dio fue muy cauteloso, lento, tardando mucho en ganar pasión y en usar su lengua. Conforme continuamos besándonos, ganamos tracción y fuimos caminando de a poco hacia la cama. No sin antes yo quitarle su franela y dejarla caer en el piso del cuarto.

Y, otra vez, brusco. Erik me lanzó hacia la cama, pero esta vez literalmente hacia la cama, no haciéndome golpear contra el cabezal. Y, cual animal, como siempre, brincó hacia la cama. Solo que esta vez lo esquivé, y me encargué de voltearlo para colocarlo debajo de mí. La sorpresa del rey se hizo clara.

Seguí besándolo, esta vez bajando por su cuello, por sus esculturales pectorales, cada uno de sus abdominales, y empecé a quitarle el pantalón. Allí estaba su pene, aun ligeramente mojado con restos de su semilla, al cual empecé a masturbar otra vez mientras subía para regresar a su boca.

Así desnuda, pude haber tenido mucho frío, así que agradecí haber preparado el cuarto de antemano—estaba tal cual nuestra luna de miel. Quería que sucediera hoy, agarrándolo de sorpresa, antes de que se pasara su júbilo por la cacería, por lo que por mi cuenta armé las velas, los aromas, y preparé la ventana. Todo el ambiente estaba perfecto, tanto como nuestro beso.

Tengo que admitir que, cuando se contiene, sus besos son muy buenos. Repito —cuando se contiene. Pues casi de una vez mordió uno de mis labios, produciéndome un dolor agudo. Pero volví a afianzarme encima de él y se quedó tranquilo.

Aunque nunca había hecho esto, bastante había escuchado. Así que bajé mi cuerpo para estar exactamente sobre el suyo, y empecé a frotar su pene con mi entrepierna. Al comienzo lo hice mecánicamente, tal como podía esperar en la teoría. Luego, conforme la sensación empezó a gustarme a mí, me fue más

natural. Simplemente moví mis caderas al ritmo que me nacía, sintiendo su pene ponerse más duro y, al mismo tiempo, presionarme más.

Y de mi vagina brotó un escaso líquido. A esto se referían con estar mojada, entonces. No había forma de fingirlo—significaba que estaba excitada, sí o sí. Seguí sacudiéndome encima de Erik, y él hacía lo mismo desde abajo, mientras nos seguíamos besándonos. No podía parar de besarlo.

Mis sentidos se concentraban en lo que sucedía—escuchaba la respiración de Erik, olía las finas hierbas mezcladas con su sudor, probaba la delicia de su boca. ¿Ver? No veía nada, tenía mis ojos firmemente cerrados adecuándome a lo que sucedía abajo. Ese era mi sentido principal. El tacto. El contacto del pene de Erik, tan firme como una lanza, como mi entrepierna.

Mi éxtasis estaba preparado, mi felicidad era total, mi cuerpo era suyo. Por lo que dejé escapar un profundo gemido.

Y, entonces, todo sucedió.

* * * *

Dolor.

Eso es lo primero que me viene a la mente al despertar la siguiente mañana.

No, ¿a quién estoy engañando? Si no pude cerrar un ojo en toda la noche. Bien fuera a raíz del shock o de la sensación física. O, vamos a ser sinceros. La razón por la que no lo hice fue por el miedo.

El miedo que me producía Erik.

* * * *

Mis actuaciones de normalidad en la corte habían sido, hasta la fecha, impecables. Nadie sospechó nada de mis preocupaciones para con Erik, las preguntas brillaron por su ausencia, y todos siguieron más que satisfechos de la presencia de nuestro nuevo rey entre nosotros.

Pero ahora, ¿de verdad se lo estaban tragando?

Roberto no sabía de mi plan de proceder con Erik—habría intentado detenerme. Y hoy cruzaba una infinidad de miradas sospechosas. Pietro me preguntó si me estaba alimentando bien, si no necesitaba ir a desayunar antes de reunirnos. Y Braulio terminó la reunión mucho antes de lo previsto, sin citar mucha más razón que el hecho de que los demás asuntos eran mejor dejarlos para mañana.

Una vez me vi en el espejo pude darme cuenta—estaba pálida. Todo mi color se había desvanecido, y mi túnica blanca iba de la mano con mi tez. Mi cabello estaba algo desarreglado, pues el dolor de mi brazo me dificultó trenzarlo como solía hacer. Y, apenas asomándose debajo de mi vestimenta, los milímetros de una contusión debajo de mi cuello alcanzaban a divisarse.

Debía empezar a vestirme mejor, decidí en ese momento. Como fuera tenía que ocultar todo rastro. Sí, pudiera servirme de evidencia si deseara salir de esta situación, pero, ¿cuánto tardaría en que me creyeran? ¿Y desfilaría por todo el reino con ello? ¿Y qué se diría de la reina débil que buscó un rey quien la sodomiza? Ya se decidió que es imposible hacer eso.

¿Cómo seguir?

* * * *

Mi gemido representó algo para Erik, aunque no sé exactamente qué. ¿Una invitación? ¿Un permiso? ¿Un estímulo?

Fuera lo que fuera, en ese momento se desconectó—y me conectó, además. Erik volvió a abusar de su fuerza para cargarme y voltearme, boca abajo e indefensa en la cama. Intentando colocarme en mejor posición, mi rey me sostuvo con facilidad por los brazos, impidiéndome moverme.

Lo primero que sentí fue su pene, cerca de mis glúteos, mientras empezó a besar toda mi columna hasta llegar a mi cuello. Nada terrible, simplemente él tomando el control.

Y otra vez llegó la nalgada violenta, y otra vez me mordió en el cuello. Y, tras doblarme en la cama, pasando una mano potente por mi espalda, como amenazándome, me soltó. Nada pasó por varios segundos, solo la melodía del viento nocturno entrando por la ventana.

Y por fin sucedió. Todo a la vez.

Mi primera penetración.

La barrera dentro de mi vagina ofreció resistencia. Y, según tengo entendido, se requieren varias introducciones del pene, una tras la otra, progresivamente más profundas, para vencerla y completar el acto. Algo doloroso y normal, que todas debemos vivir.

Pero Erik solo necesitó introducir su pene dos veces. Una, encontrando la resistencia a su paso, a la que respondió con un mínimo quejido. Y la otra. La definitiva.

Con toda la fuerza de su cuerpo, de sus brazos, de sus piernas, de su torso, reunida y concentrada en su pene, el cual entró con toda la brusquedad del mundo en mi vagina, haciéndome sentir algo explotar y mi entrepierna humedecerse muchísimo más—esta vez, con sangre.

El dolor fue sordo, reunido en un solo instante. Después siguió más, claro, pero sin compararse a ese particular segundo en que dejé de ser una niña y me transformé en mujer.

Claro, no lo olvides, esto no ha terminado. El pene de Erik entró una y otra vez en mi vagina, el grueso de su cuerpo chocando contra mis glúteos y manifestando un sonido de rebote.

¿Se supone que el sexo se disfruta? ¿O es ya para la siguiente vez? Porque lo que quedó en mí fue el pesar, la sensación de ardor y pesadez en mí, exacerbada con sus penetraciones. En una ocasión traté de arrimarme hacia adelante para finalizar el acto, pero las gruesas manos del rey me mantuvieron en mi lugar.

Y así siguió, por buen rato, su entrada en mí. Sin ceder, ganando velocidad, al parecer estando sometida a la voluntad de un ser incansable. Eso sí, lentamente aderezándose.

Con sus nalgadas y tirones de cabello, las que ya conocía, así como los mordiscos en todo mi cuerpo. Y la misma violencia con la que me acostaba contra la cama, o me inclinaba, o me llevaba y arrimaba contra el cabezal.

Erik me folló como quiso, moviéndome a su antojo con la fuerza incontestable que maneja. Casi llegando a golpearme en esas instancias.

Eso sí, solo logré una concesión—cuando empezó a tensarse, y a gemir él mismo, sabía lo que venía. Y con la mayor presteza posible, y aprovechando

su evidente descuido, logré lanzarme hacia adelante en la cama, de manera que, al volver a acercarse, solo dejó su semilla sobre mi espalda y no llegó a depositarla dentro de mí.

Dudo que le hiciera mucha gracia, pero ya Erik había logrado lo que quería—follarme. Que me entregara a él, y quedar satisfecho. Listo.

Pero, sin duda alguna, no quiero engendrar en mí a la progenie de esta bestia.

* * * *

Algo es innegable. Sobreviví lo peor. ¿O no?

La primera vez, tanto en esta como en cualquier otra situación, es la peor. Nada se compara con esa sensación, ese miedo, ese primer dolor. Estaba preparada, cuando menos.

Pero, repito, ¿y si no ha sido lo peor? Aunque puede que la próxima vez no sea tan traumática, estamos hablando de pasar esto noche tras noche. Tras noche, y otra noche. Una y otra vez. ¿Cómo quedaría mi cuerpo tras una semana con este sexo salvaje? ¿Podría siquiera caminar? ¿No se percataría la corte y el castillo al completo?

Como si no bastara, los rumores crecían. Ahora eran mensajes de guerra. El Reino de la Fe estaba en marcha desde su último sitio de descanso. No iban en nuestra ruta, pero eso habría sido imposible—el río Aguas Bravas se atravesaba en nuestro camino, e intentar cruzarlo hubiera tomado más tiempo que cercarlo. Así que no es descartable que seamos su objetivo, sobre todo ahora, necesitando recursos.

No hay apenas noticias de los bárbaros. Siguen merodeando cerca de nuestras montañas, haciendo todo lo contrario al Reino de la Fe—se encuentran inmóviles. Lo que, tomando en cuenta su actividad, suena muy atípico. Y por lo impredecible de su naturaleza, igual pueden quedarse allí años que podrían lanzarse esta misma mañana.

Hasta que la guerra termine, o, bueno, siendo más realista, hasta que sea apartada de las puertas de Umbralia, no se puede permitir ningún resquicio de inestabilidad. Pase lo que pase.

Así que debo mantenerme con vida, al tiempo que preservo la felicidad de mi

rey, y que nadie se dé cuenta de lo que esté sucediendo.

Tarea sencilla.

* * * *

Esa noche se repitió. Y, si en verdad así era Erik en el campo, temía por sus enemigos. Pues estaba más que claro que de veras, su única forma de conocer el amor era igual que la guerra.

El juego previo fue mucho menor. No, de hecho, no existió. La noche anterior quise hacerlo para llevar la sesión por mis cauces, pero ya no había manera de que eso sucediera.

Por lo que tal como entramos al cuarto, retiré mi ropa—ya tenía suficientes blusas destruidas—, Erik hizo lo propio, y fuimos a la cama. Unos besos, unos mordiscos, y tan pronto su pene estuvo lo suficientemente rígido entró en mi cuerpo.

Dolió mucho menos, puedo negarlo. No fue el impacto y el posterior periodo de recuperación de hace veinticuatro horas. Claro, el resto sí fue idéntico—las constantes demostraciones de afecto de Erik, encontrando nuevas maneras de hacerle daño a mi cuerpo.

La fuerza con la que estrujo mis senos, la penetración brusca que me hizo golpearme con el cabezal de la cama, e, incluso los quince segundos en que bloqueó mi respiración, enterrándome en la almohada. Y si bien la manera en que me follaba no producía el mismo dolor que la primera vez, la violencia y velocidad que le imprimía sí lograba hacerlo.

Al parecer habíamos llegado a un acuerdo no verbal, pues una vez llegó a su clímax, retiró su pene para regar mi semilla en mis glúteos, muy cerca de mi culo.

Aunque sea, gracias por eso.

* * * *

Segunda mañana postcoital, segunda mañana con más dolor aún. Puede que la noche no fuera tan traumática como la anterior, pero ambas sesiones se acumulaban y me dejaban en un estado mucho peor. Apenas y pude levantarme y vestirme para bajar a la sala del trono. Eso sí, aunque sea recogí una hora de sueño. No lo suficiente para borrar estas ojeras de mi cara.

Las miradas raras de los miembros de la corte se volvieron a suceder, esta vez más a la distancia, pues no estaba pautada ninguna reunión. Erik se mantuvo galante, atendiendo al pueblo, y prometiendo un fin rápido a cualquier enemigo que osara acercarse a nuestros demonios. Todos felices y contentos.

Y a follar la tercera noche consecutiva. Y la cuarta. Y la quinta. Ya el tren había arrancado y no había forma de detenerlo.

Las sensaciones en mí eran crecientes—por un lado, el dolor. Eran imprevisibles las maneras que tenía Erik para lastimarme, y no podía pensar en detenerlo. No es que quisiera matarme, eso estaba claro.

Pero todos sus movimientos estaban llenos de brutalidad, como si jamás hubiera escuchado el concepto de medir fuerzas. Sus arranques violentos de pasión, tal como la rabia que ponía en penetrarme. Llenándome cada vez de más y más contusiones.

Y, por el otro lado, el placer. Sí—placer. La tercera noche pude empezar a sentirlo, y la cuarta más, y la quinta más aún. Ya había pasado lo peor, después de todo, y mi vagina había soportado su iniciación y ahora disfrutaba cada entrada del pene de Erik.

Sentirme completa, conforme entraba y salía de mí con la misma soltura. Un dejo de satisfacción, de calor, que empezaba allí abajo y subía por mi abdomen, en especial cada vez que el cuerpo de Erik se acercaba a mi clítoris.

Claro, hasta que Erik se emocionaba hasta tal velocidad que volvía el dolor. Pero ambos luchaban por igual, día sí, día no. A más placer, más dolor; y a más dolor, más placer.

E igual eran crecientes las miradas, y las sospechas. Con la palidez se puede jugar—con un alma vencida y errante, y muchas manchas moradas asomándose por más que usara ropa que cubriera más y más, era natural que la gente se percatara. Y no hablo de miembros de la corte, o de guardias. Gente del pueblo se preguntaba en voz alta qué le sucedía a su reina.

Ningún mandatario se atrevía a preguntarme, y Roberto, el único quien podía

conocer la verdad, había recibido palabra de mí desde la primera vez que me había acostado con Erik. Era inquietante la manera en que contrastaba el silencio de la gente y sus miradas incriminatorias.

Todo el mundo se concentraba en la guerra afuera, queriendo ignorar la que se sucedía dentro del castillo. Y, como mi actitud no invitaba a ninguna queja, supongo que prefirieron seguirle el juego a su reina.

Hasta una noche.

* * * *

Por primera vez en dos semanas no follaría con Erik. Iba a tomar unas copas con algunos de sus capitanes, aquellos apostados en la lejanía de las puertas de Umbralia. No llegaría temprano, sino al otro día, así que tenía toda libertad en el cuarto. De hacer lo que quisiera.

Y lo que quise fue llorar.

Desconsolada. Como no lo había hecho desde perder a mis padres.

¿Por qué lo estaba haciendo, exactamente?

¿Por el dolor físico que me torturaba? ¿Por la opresión que vivía por parte de mi esposo? ¿Por la horrible necesidad de mantener silencio? ¿Por la pena que sentía a mis padres? ¿O por todo?

Sí, tenía al reino en calma. Pero tras venderlo a un hombre brutal.

Sí, estaba teniendo sexo. Pero ni le permitía plantar su semilla en mí, ni podía verle los ojos al hacerlo.

Sí, tenía un esposo. Pero no lo amaba.

¿Qué dirían mis padres? ¿Sentirían vergüenza de cómo su hija vendió todos sus sueños? ¿Soy un fracaso a sus ojos?

Las lágrimas escaparon de mí con violencia, en cantidades tan grandes que hubieran rivalizado al río Aguas Bravas. El dolor se transmitió a algún sitio de mi pecho, cerca del corazón, desahogando todas las penas que me carcomían. Me acomodé en posición fetal y me mecí, llorando, y llorando, y llorando.

Y dejé de llorar.

* * * *

Y, mágicamente, sin controlarlo, estaba en la habitación de Roberto. Contándole absolutamente todo.

Con orgullo podía decir que nunca nadie había visto a la reina de Umbralia llorar. Y eso quedó allí, en el pasado, una vez llegué con los ojos empapados hasta Roberto. Me propinó un fuerte abrazo antes de invitarme para escucharme. No dejé de llorar en ningún momento del relato, desde la primera hasta la última palabra.

Roberto dijo varias cosas mientras relataba, pero no las recuerdo. No le presté ninguna atención, simplemente quería sacar lo que estaba dentro de mi pecho. Fue como si se abriera una represa y un río fluía con fuerza, por inercia, por naturaleza. Así estuve. Hablando, sin saber lo que decía ni lo que me respondían.

Hasta que terminé. Y volví a la realidad.

Sí, estaba en la habitación de Roberto. Mi cara se hallaba hinchada, las últimas lágrimas corrían por mi cara, y sentía dolor en mis piernas—habiendo cedido el dolor emocional— y necesitando agua. Roberto estaba frente a mí, ofreciéndome un trago de agua, el cual tomé de un solo sorbo.

Lo que siguió fue silencio. Yo, absorbiendo mi alrededor, libre del peso del silencio. Roberto, observándome atento, entre la compasión y la rabia. Y el pequeño susurro de las antorchas en el pasillo.

Pasó un buen rato para que Roberto quebrara la paz.

— Mi reina. Valeria— corrigió, pronunciando marcadamente mi nombre—. No sé qué hombre sería capaz de compartir la cama con usted y no hacerlo posando su mirada en sus hermosos ojos.

* * * *

Y, tan solo minutos después, allí estaba, con mis ojos totalmente fijos en los de Roberto, y mis piernas abiertas, conforme su pene entraba en mí.

7

Diferente. Y breve. Así fue acostarme con Roberto.

* * * *

Totalmente diferente. Ante sus últimas palabras no pude sino besarlo con pasión, con tanta que se me desbordaba, quizás habiendo tomado la lección de Erik.

Un beso que no se esperaba, y que complementé sentándome en sus piernas y dejando que nuestros cuerpos se conocieran, mientras una de mis manos acariciaba su cabello y la otra se apretaba contra su espalda.

Y, de inmediato, me levanté. Quité el camisón de Erik, bajé sus pantalones, y en menos de lo que canta un gallo quedé desnuda. Me lancé, por algún impulso que desconozco, hacia su pene, al cual empecé a besar. Como lo sentí natural, pasé mi lengua por él. Y como también lo sentí natural, lo llevé a mi boca, y lo dejé entrar y salir, entrar y salir.

Roberto no tardó en ponerse duro, que fue cuando lo guie hasta la cama. Allí me acosté, abrí mis piernas, y esperé. Se tardó demasiado, pecando de delicadeza al intentar besarme, pero de una vez llevé su cuerpo hacia el mío. Y su pene entró en mí.

Como digo, diferente. A pesar de estar Roberto encima de mí, con mi cintura pude guiar también el movimiento mientras hacíamos el amor. Empezó despacio, y logré que fuera acelerando.

En todo momento, con nuestros ojos fijos, nuestras miradas jamás cediendo. En todo momento, nuestras manos entrecruzadas en el cabezal de su cama. En todo momento, besándonos mientras hacíamos el amor.

Roberto simplemente se dejaba llevar, penetrándome al tiempo que mi cintura lo llevaba. La velocidad y placer no se comparaba para nada con hacerlo con Erik, pero era un buen cambio. Aun desde abajo, yo podía orientar nuestra acción.

Pero, ¿qué tal si…?

Y, con delicadeza, separé un poco a Roberto y lo volteé en la cama para colocarlo boca abajo. Besé un poco su cuello y tomé entre mis manos su pene para, tras masturbarlo un poco, hacerlo entrar en mí.

Desde arriba, de a poco, empecé a dejarlo entrar en mí. Y salir. Y entrar. Y batí mis caderas con todo el ímpetu que tengo, y en ese movimiento lo vi.

Roberto, desmedido en placer. Sin escapatoria. Entregado a mí, sin opción a nada más.

Es bueno saber que puedo tener el control de esa manera.

Follamos o, mejor dicho, follé a Roberto por buen rato. Me encantaba subir y bajar, así como me encantaba simplemente utilizar mi cintura para volverlo loco. Más de diez minutos estuve en ello, nuestros cuerpos bañados en sudor, nuestras fragancias.

Esto es vida. Y no quiero que termine.

Por lo que, al verle un dejo de acercarse al clímax, me alejé y sostuve con mucha fuerza la base de su pene. Y funcionó, pues se relajó. Tras besarnos un rato, recorriendo las ricuras de su cuerpo y él palpando el mío, continuamos.

Me acosté de lado en la cama, dejándolo entrar por detrás de mí. El pene de Roberto entró una, dos, tres, cuatro, cinco, y seis veces en mí. La séptima no la sentí. Ni a él, pues acababa de ser jalado por una fuerza hacia atrás.

* * * *

Ya lo dije. Breve. Y cuando me refería a las últimas palabras de Roberto, me refería literalmente a sus últimas palabras.

Pensar que hace apenas menos de quince segundos su brazo se encargaba de agarrar mi seno, y ahora acababa de ser dislocado. Para, en un hermoso movimiento de espada, ser cortado.

El brazo cayó al suelo, junto con sus intestinos, recién expuestos por una cortada en el abdomen. Y, cómo no, el pene que acaba de estar dentro de mí también fue rebanado.

Si creía haber visto a Erik desquiciado al follarme, no tenía ni idea. Esta sí era

la bestia, el hijo del dragón. Sus ojos casi descargando fuego, su espada sostenida con toda la fuerza del mundo, y la sangre.

La sangre por todo su cuerpo. Sus cortes habían sido lo suficientemente limpios como para mutilar con un solo intento, y la sangre había volado por todo el cuarto.

Y, por supuesto su ira. Clavada y fija.

— Erik— ¿qué se suponía que dijera en este momento?

Erik se acercó a mí y, tras esconderme debajo de sábanas—como si eso fuera a detener a su espada—, se frenó. No venía a asesinarme, sino a agacharse para remover la sangre de su espada con la cama.

— ¿Cómo puedes pensar que te voy a matar?— preguntó en un tono impasible — Eres mi reina.

— Erik. Esto es… Esto fue… Tienes que entender…

— No me interesa entender nada— me interrumpió—. Si estabas negándome mi propia cama para acostarte con este plebeyo, pues ese es tu problema.

— No. Esto es primera vez que sucedió.

— ¿Me crees imbécil?

— No. Te creo terco— de algún lado apareció el coraje de enfrentarme al rey.

— ¿Cómo dices?

— Llegaste aquí a hacer lo que se te viniera en gana, como ha sido toda tu vida, y no te prestas para escuchar a nadie. Ni a tu esposa, y tu reina.

Se sentía extrañamente raro hacer estas acusaciones estando desnuda, recién follada por otro sujeto. Habiendo quebrado los votos del matrimonio por ley, ni más ni menos. Los mismos votos que nos leyó el individuo desangrado en el piso.

— Maldición, Erik— dije mirando a Roberto, acusadoramente. Unas lágrimas escapaban de mis ojos.

— Rompiste los lazos que nos unen, y este hombre, la supuesta ley del reino, se acostó con mi esposa— respondió con severidad—. Si no hay alguna otra ley que me permita asesinarlo, la inventaré.

Sus razonamientos eran totalmente diferentes a los míos. Aunque, si vamos a eso, ¿qué habría hecho yo?

— Sea como fuere, acabas de hacer un desastre— le recriminé.

— ¿Y?

— Y ahora debes escucharme. Antes de que enredes todo más.

Erik se volteó, sin dar crédito a sus oídos. Estaba siendo retado.

— Yo soy tu reina, y merezco el trato que yo considere. Y no vas a volver a levantar tu mano contra mí, ni usar tus dientes o jalarme o empujarme si yo no te lo permito, y vas a ir a un ritmo prudente que yo considere al momento de hacer el amor. Si no, te enjuiciaré por asesinato de un miembro de tu corte.

— Y yo te enjuiciaré por yacer con otro hombre, y a él por entrometerse con la corona. Y todos felices.

— Es en serio, Erik— espeté.

Erik bramó con fuerza, golpeando una mesa.

— No me casé para conocer límites. O es por mi manera, o de ninguna manera.

Erik llegó hasta la puerta, mientras yo me apresuraba en vestirme.

— Tienes tres opciones— dijo, sin dirigirme la mirada—. Uno, adecuarte a mí. Tu deber ser como esposa.

Abrió la puerta.

— Dos, volver a alejarnos. Pero no voy a abstenerme, así que tendré que follar a cualquier mujer que se me atraviese. Y decapitar a quien ose a acostarse contigo.

Ahora Erik sí plantó sus ojos sobre mí.

— Estoy partiendo a la guerra. Por eso volví al castillo antes de tiempo. El Reino de la Fe se aproxima, a toda velocidad, y los bárbaros han empezado a escalar la montaña. Dentro de nada estarán sobre nosotros.

Erik esgrimió su espada.

— Así que, tres. Gano esta guerra para Umbralia, y la abandono con mis diez mil. Y con todos los habitantes de tu reino quienes quieran seguirme, y sospecho que será la gran mayoría. Y— me dio su perfil, y afrontó el corredor —, es lo que mes estoy inclinando a hacer.

* * * *

Y ahora, ¿qué?

Recién vestida, con mis pies algo manchados de la sangre de Roberto, y con el fin de Umbralia a punto de llegar.

Primero lo primero—encargarme de mi amante. Dejé correr lágrimas, y el dolor en el pecho que tuve antes de conversar con él vuelve a asomarse, pero mi reino al completo yace en la balanza. No puedo entregarme al luto, no aún.

Entonces, tras cerrar sus ojos aterrados, y darle una expresión de tranquilidad, me encargo de su cuerpo. Con todo el horror regreso sus intestinos a su abdomen, y acomodo su brazo junto a su lugar.

¿Su pene? No hay necesidad de morbo, y lo dejo caer por la ventana. Desde esta torre probablemente se haga pedazos o quede en un árbol. Es lo mejor. Tal como poner las sábanas para tapar su cuerpo, y dejarlo descansar hasta resolver la situación.

¿Cómo se resuelve? La guerra llega y, si hay alguien quien pueda detenerla, es Erik. Así tenga que morir en el intento—después de todo, él siempre cabalga en la retaguardia de su ejército. Contra una facción no tengo dudas. ¿Contra dos? Lo más probable es que Umbralia venza, pero se quede sin rey. De nuevo. Y sin heredero. De nuevo. Y con la reina enclenque. De nuevo.

Erik me dio tres opciones.

Opción tres, quedarme sin reino. No me importa la corona, pero sí mi gente. Y no puedo fragmentarlos, que tengan que abandonar la seguridad de nuestras montañas, se lancen al campo, y que en Umbralia quede una hueste reducida, con dudas, dolida. Unidos somos fuertes. ¿Separados? Nuestros milenios de historia estarían por desplomarse.

Opción dos, separarnos sin separarnos. ¿Y cómo se va a permitir que el rey ande follando a quien se encuentre? ¿O que sin querer asesine a alguien en la cama, o a otro miembro de la corte en un golpe de celos? ¿Cómo se puede mantener en pie un reino así?

Opción uno, someterme. Lo único que me queda. Perder mi libertad, mi voluntad, mi libre albedrío. Ser su víctima todas las noches por el bien de nuestro reino, si es que regresa de la guerra. La reina que claudicó, y sufrió

por el resto de su vida. Un mártir de Umbralia.

No.

No.

Y no.

No perderé mi reino, no perderé a mi pueblo, ni tampoco perderé mi voluntad.

Opción cuatro.

* * * *

Erik estaba preparando su armadura y sus herramientas de guerra—su espada ya estaba, pero añadió una lanza, un puñal, y un arco.

Debajo de la cama yacía una ballesta, aunque particularmente no era momento de revelarlo. Mientras organizaba todo, su mirada estaba fija en la ventana, tanto así que me ignoró.

Así que no tuvo reparo alguno de mi acercamiento, y estaba lo suficientemente distraído como para que mi empujón, aun con su inconmensurable fuerza, lo hiciera caer en la cama. Atónito, a punto de reaccionar para atacarme, cuando…

Tanto ejercicio valió la pena, o sino no habría sido capaz de rasgar mi ropa con tal facilidad. Desnuda, los ojos de Erik no pudieron sino fijarse en mi cuerpo, sin respuesta conforme me acerqué para también arrancar su ropa y dejar que sintiera el frío de la noche.

Me sentí algo enferma, acabando de haber hecho esto para otro hombre, pero llevé el pene de Erik a mi boca y empecé a satisfacerlo de la misma manera que había aprendido. Besos en la punta, un recorrido con la lengua por toda su longitud, y adentro. Y afuera, y adentro, y más lengua en su cabeza. Todo mientras mis uñas se clavaban con fuerza en su espalda.

Erik no tardó en endurecerse, momento en que me levanté. Y, como era de esperarse, intentó voltearme.

Y lo cacheteé.

Con toda la fuerza de mi cuerpo y de mi alma, lo cacheteé. Y volví a hacerlo.

Cual fueran sus nalgadas, mi palma cacheteó a Erik una vez más, completando tres, y dejando su marca evidente en sus mejillas. Su cara no era de sorpresa, sino de algo mucho más allá. Shock, incredulidad.

Pero no le di tiempo a reaccionar, pues de una vez me monté encima de él. Llevé su pene hasta mi vagina, y con el uso de mi cadera hice que llegara hasta lo más profundo.

Una y otra vez, una sensación que me llenaba a plenitud y me empezaba a dar placer. Me sentía como una persona horrible, habiendo pasado lo que había pasado, pero de una u otra manera debía conseguir una solución.

Y eso hice. Dejé de subir y bajar para solo concentrarme en mi cadera, ante lo cual me incliné para morderlo en el cuello, rasguñarlo con mi mano izquierda, y con la derecha jalar con fuerza su cabello.

— ¿Me estás escuchando?— le pregunté.

A duras penas, con los ojos abiertos a todo lo que daban, Erik asintió.

— Eres mi rey, y mi esposo, pero yo soy tu esposa, y tu reina. Y este es nuestro reino. Y todo se va a hacer conforme dispongamos los dos. Ni yo mando, ni tú mandas— le ordené.

Erik medio abrió la boca, ante lo cual aceleré el frenesí de mi cadera. Sus labios se sellaron.

— Vamos a follar, tú conmigo, yo contigo, y nadie más se va a atravesar. Y tú vas a salir satisfecho, y yo voy a salir igual de satisfecha.

Esta vez no intentó hablar Erik, pero del mismo modo apreté todo—su cabello, mis uñas, y mi mordisco en su oreja. Y, por supuesto, la manera en que me lo estaba follando.

— Y ahora, en este mismo momento, vas a darme un heredero, partir a la guerra, ganarla, y volver para darme muchos más herederos. A un ritmo acorde a los dos, sin vulnerarme, y para siempre.

Más rápido entraba y salía su pene de mí, más, y más…

— ¿Entendido?

Erik no tuvo que hablar. Ni asentir con la cabeza. Simplemente con su gemido y con su semilla desperdigándose por mi vagina, pronta a formar un heredero, me fue suficiente respuesta.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Haz click aquí

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?
Otras Obras:

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
— Comedia Erótica y Humor —

La Pasión del Elfo

Novela Erótica, Romántica y de Aventuras
— Romance, Fantasía y Erótica —

Desgarrada

Romance Paranormal entre Magia, Fantasía y Licántropos
— Romance Paranormal, Erótica y Fantasía —

“Bonus Track”

— Preview de “La Mujer Trofeo” —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente… y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría

preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. *"¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?"*, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo… Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonríe. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? –pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale –dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy

bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por

verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier –responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? –pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero –dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya –dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win.*

—Michel es un cielo –le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien —. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. –Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions… Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

Ah, y…

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.